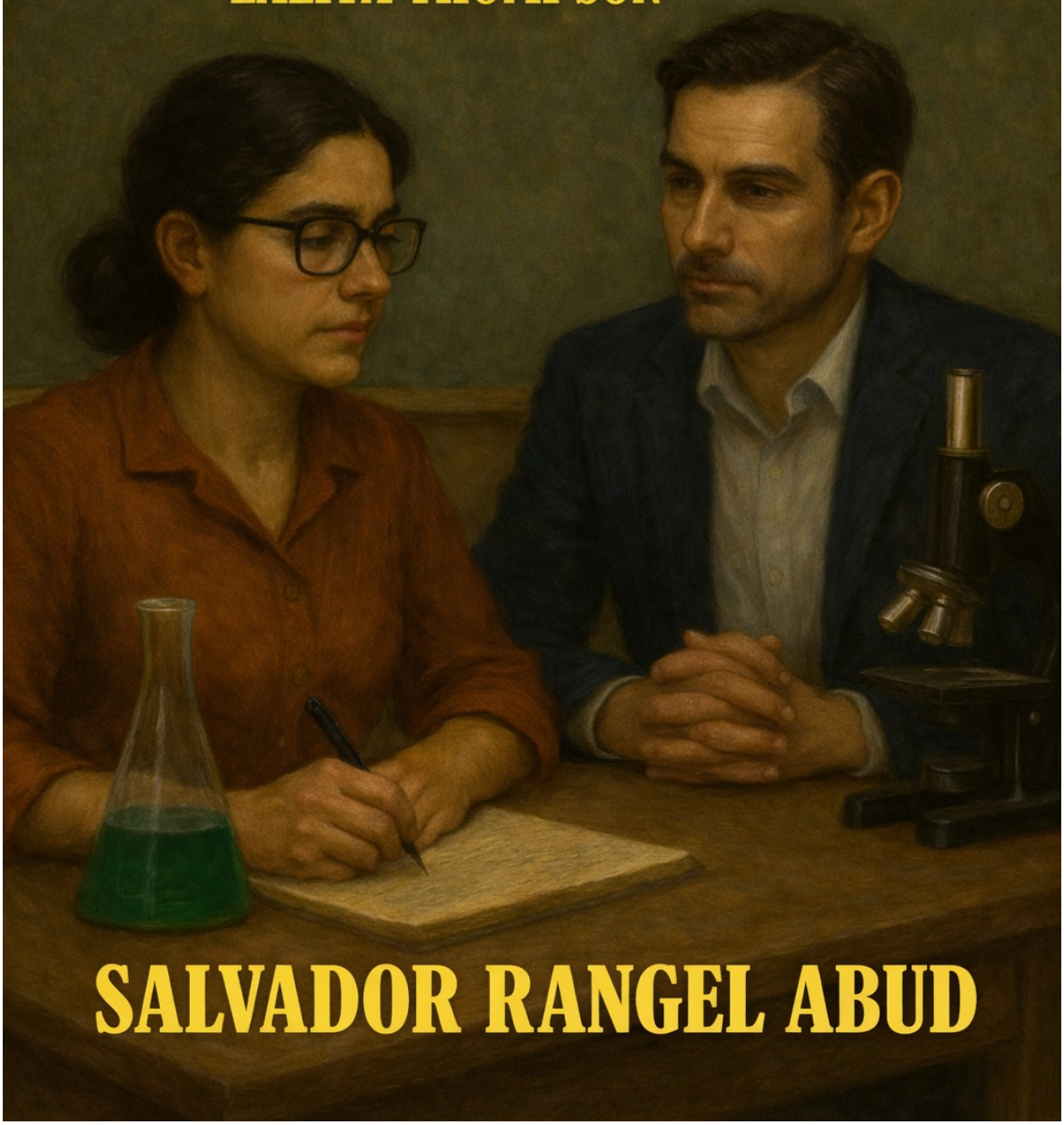
EL LABORATORIO DE LAS MENTIRAS

LIBRO SIETE de la serie de
LALITA THOMPSON



SALVADOR RANGEL ABUD

EL LABORATORIO DE LAS MENTIRAS

Séptima aventura de Eulalia "Lalita" Thompson

SINOPSIS

Lalita Thompson ya no es la estudiante de psicología que resolvía misterios con una libreta amarilla y sarcasmo bien calibrado. Es psicóloga forense en Ciudad de México, y cuando el Fiscal Salazar la convoca un martes por la tarde, el caso que le pone sobre el escritorio no se parece a nada que haya enfrentado antes.

Gonzalo Iñiguez. Treinta y ocho años. Arquitecto de firma prestigiosa, coartada de hierro, sin antecedentes. Su esposa Valeria fue encontrada muerta en su habitación: sobredosis de benzodiacepinas, nota manuscrita, escena perfectamente ordenada. Demasiado perfecta. La nota tiene micro temblores en el trazo. Las cámaras de seguridad se desconectaron esa noche. Y cuando le informan de la muerte de su esposa, Gonzalo no llora, no pregunta nada, no muestra ninguna emoción. Solo dice: "Supongo que esto complica mis próximas semanas."

Lo que sigue son semanas de evaluaciones psicológicas cara a cara con un hombre de coeficiente intelectual 156 que no miente porque no considera necesario hacerlo, que no siente culpa porque genuinamente no entiende para qué sirve, y que convierte cada sesión en un juego intelectual diseñado para que Lalita sea la que confiesa. Gonzalo Iñiguez no es un criminal ordinario. Es la maldad que se conoce a sí misma, que se estudia, que se perfecciona. Y Lalita tendrá que entrar en su mente para detenerlo, sabiendo que algo de esa mente se quedará dentro de la suya para siempre.

GÉNERO Y SUBGÉNERO

Ficción — Thriller psicológico forense — Misterio criminal — Retrato de psicopatía — Suspenso de alto voltaje

---

PERFIL DE LA PROTAGONISTA

Eulalia "Lalita" Thompson, psicóloga forense en ejercicio, narrando en retrospectiva dos años después del caso. La libreta amarilla sigue ahí, las observaciones numeradas también, pero el contexto es radicalmente distinto: ya no es el campus universitario sino la sala de interrogación, el tribunal, el departamento con ventana donde procesa lo que no puede dejar ir. El TOC funcional que fue su fortaleza como estudiante es ahora su escudo y su vulnerabilidad simultánea frente a un sujeto que sabe exactamente cómo usarlo en su contra.

Zoé Rivera, su mejor amiga, aparece como ancla emocional en la distancia —mensajes sin respuesta, presencia que Lalita no puede permitirse cuando está demasiado adentro del caso. La Detective Clara Montes y el Fiscal Salazar completan el equipo institucional que sostiene la investigación.

TEMÁTICA CENTRAL

La novela explora la psicopatía no como monstruosidad incomprensible sino como vacío perfectamente articulado: un ser humano sin la arquitectura emocional que hace posible la empatía, la culpa o el remordimiento, y que por eso mismo resulta más perturbador que cualquier criminal que actúe desde la rabia o el miedo. Gonzalo Iñiguez no es un villano de fórmula. Es una pregunta filosófica con consecuencias letales: ¿qué es la maldad cuando no se experimenta como tal?

La novela también examina el costo psicológico de la cercanía profesional con ese tipo de mente. Lalita no sale intacta del caso. La marca que deja no es el miedo sino algo más sutil: la comprensión parcial, el momento en que su cerebro entrenado para leer patrones empieza a encontrar lógica donde debería encontrar

---

MENSAJE IMPLÍCITO

Ganar a veces significa simplemente sobrevivir. La victoria sobre la maldad consciente no produce satisfacción ni cierre; produce una cicatriz que el tiempo administra pero no borra. Actuar con integridad frente a alguien que no reconoce la integridad como valor es el acto más solitario que existe. Y cargar con el conocimiento de lo que el otro es —sin poder compartirlo del todo con nadie que no haya estado en esa sala— es parte del precio del oficio.

ESTRUCTURA Y EXTENSIÓN

La novela se compone de un prólogo narrado en retrospectiva, diez capítulos de entre 1,600 y 2,100 palabras, y un epílogo que cierra el arco emocional sin cerrar del todo la herida. Extensión total aproximada: 20,000 palabras. Es la entrega más extensa de la serie y la de mayor densidad psicológica. La narración en primera persona del prólogo, firmada por Lalita dos años después del caso, instala desde la primera página la certeza de que algo en ella cambió de manera irreversible.

PÚBLICO LECTOR

Lectores de 16 años en adelante con gusto por el thriller psicológico y los personajes que enfrentan preguntas sin respuesta cómoda. Esta

entrega representa un salto de madurez respecto a las anteriores: Lalita ya no es estudiante universitaria sino profesional en ejercicio, el caso tiene consecuencias legales reales, y la perturbación emocional que genera no se resuelve con el cierre del expediente. Recomendada especialmente para lectores interesados en psicología forense, psicopatía y los límites del análisis humano.

VALOR LITERARIO Y EDUCATIVO

La novela introduce de manera narrativa conceptos fundamentales de psicología clínica y forense: psicopatía primaria, ausencia de empatía afectiva, manipulación instrumental, evaluación de peligrosidad. El lector aprende junto a Lalita a distinguir entre el criminal que actúa desde el impulso y el que actúa desde el cálculo, entre la mentira defensiva y la ausencia total de necesidad de mentir. El caso Iñiguez funciona como clase magistral de psicología forense aplicada, integrada en una trama que no necesita explicar para enseñar.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración hospitalaria y doctorando en ciencias en el Instituto Nacional de Salud Pública. Es también escritor aficionado con más de cien novelas publicadas en distintos géneros, en las que combina su formación científica con su vocación narrativa para crear obras que entretienen y enseñan al mismo tiempo. La serie de Lalita Thompson nace de su convicción de que la mejor literatura no simplifica el mundo: lo revela con la precisión de quien lo ha observado desde adentro.

PALABRAS CLAVE

Thriller psicológico — Psicología forense — Psicopatía — Misterio criminal — Maldad consciente — Evaluación forense — Manipulación — Homicidio — Juicio oral — TOC funcional — Cicatriz emocional — Serie de novelas — Literatura — México — Detectives — Crimen — Mente criminal — Forense

---

NOTA DE PUBLICACIÓN Y LICENCIA

Esta obra se publica en acceso abierto a través de Internet Archive como parte del compromiso del autor con la democratización de la lectura y el acceso libre a la cultura.

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud © Licencia Creative Commons CC BY-NC-ND 4.0 Atribución — No Comercial — Sin Derivadas

Usted es libre de descargar, almacenar y distribuir esta obra, siempre que: — Se acredite al autor (Salvador Rangel Abud) de manera apropiada. — No se utilice con fines comerciales. — No se modifique, adapte ni genere obra derivada a partir de este material.

Para consultar el texto completo de la licencia:

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

CITA REPRESENTATIVA

"Hay personas en el mundo que no pueden ser salvadas, redimidas o rehabilitadas. No porque el sistema haya fallado. Sino porque simplemente no hay nada que salvar. Solo un vacío consciente de sí mismo, vestido con la apariencia de un ser humano." — Eulalia "Lalita" Thompson, Psicóloga Forense, testimonio del Caso 7

PRÓXIMA ENTREGA

Por determinar — Octava aventura de Eulalia "Lalita" Thompson

---

Serie Las investigaciones de Lalita Thompson — No. 7/10
wrangel.1352@gmail.com *— CC BY-NC-ND 4.0*

INDICE

Capítulo 1: "El hombre que no sentía nada"
Capítulo 2: "La escena perfecta"
Capítulo 3: "El juego de espejos"
Capítulo 4: "La habitación oculta"
Capítulo 5: "El depredador intelectual"
Capítulo 6: "La fisura en el espejo"
Capítulo 7: "El experimento de la vanidad"
Capítulo 8: "El precio de la verdad"
Capítulo 9: "El teatro del crimen"
Capítulo 10: "El espejo roto"
EPÍLOGO: "Lo que permanece"

Prólogo

Hay momentos en la vida de un psicólogo forense en los que te das cuenta de que todo tu entrenamiento, todos tus años de estudio, todas las herramientas de evaluación del mundo, no te han preparado para enfrentar algo específico.

No te prepararon para mirar a los ojos a la maldad consciente.

No a la maldad impulsiva, caótica, producto del trauma o la enfermedad mental.

A la otra.

A la maldad que se conoce a sí misma. Que se estudia. Que se perfecciona. Que se deleita en su propia existencia.

La maldad que no pide disculpas porque genuinamente no entiende por qué debería hacerlo.

Cuando la Fiscalía me contactó para evaluar a Gonzalo Iñiguez, no imaginé que ese caso cambiaría no solo mi carrera, sino la forma en que veo el mundo.

Me dijeron que necesitaban una evaluación psicológica de un sospechoso de homicidio. Arquitecto exitoso. Sin antecedentes. Esposa muerta en circunstancias sospechosas. Necesitaban que encontrara algo —cualquier cosa— que los ayudara a construir el caso.

Parecía rutinario.

No lo fue.

Porque Gonzalo Iñiguez no es como los criminales que había estudiado en la universidad o enfrentado en mis primeros años de práctica. Los

criminales típicos mienten porque tienen miedo. Niegan porque sienten culpa. Se desmoronan bajo presión porque la realidad de lo que hicieron los devora desde adentro.

Gonzalo no.

Él no miente porque no considera necesario hacerlo. No niega porque no siente culpa. No se desmorona porque, para él, matar a su esposa fue simplemente cerrar un capítulo de un proyecto que había dejado de ser interesante.

Como quien termina de leer un libro.

Durante las semanas que pasé evaluándolo, aprendí algo aterrador sobre el mal: no siempre viene acompañado de gritos, de violencia caótica, de impulsos descontrolados.

A veces viene con traje bien cortado, vocabulario impecable, y un coeficiente intelectual de 156.

A veces te mira directamente a los ojos y te pregunta, con genuina curiosidad: *"¿Por qué el resto de las personas se atan a sí mismas con sentimientos inútiles como la culpa y el remordimiento? ¿No sería más eficiente simplemente... no sentirlos?"*

Y lo peor de todo: no lo pregunta para provocarte.

Lo pregunta porque realmente no entiende.

Y porque espera que tú, eventualmente, estés de acuerdo con él.

Este es el caso que me enseñó que hay personas en el mundo que no pueden ser salvadas, redimidas o rehabilitadas. No porque el sistema haya fallado. No porque la sociedad los haya abandonado.

Sino porque simplemente no hay nada que salvar.

Solo un vacío consciente de sí mismo, vestido con la apariencia de un ser humano.

Este es el caso del hombre que convirtió el asesinato en arquitectura.

Y de la psicóloga forense que tuvo que entrar en su mente para detenerlo.

Este es el caso que me rompió.

Y me enseñó que, a veces, ganar significa simplemente sobrevivir.

Lo que sigue es la historia de cómo detuve a Gonzalo Iñiguez.

Y de cómo él, incluso detrás de las rejas, logró lo que buscaba:

Que alguien entendiera su obra maestra.

Que alguien reconociera su genio.

Y que esa persona cargara con ese conocimiento para siempre.

Yo soy esa persona.

Y este es mi testimonio.

Lalita Thompson

Psicóloga Forense

Ciudad de México, dos años después del caso

CAPÍTULO 1

El hombre que no sentía nada

La llamada llegó un martes por la tarde, cuando Lalita revisaba el informe de un caso de custodia que había evaluado la semana anterior. El nombre en la pantalla de su celular la hizo enderezarse en su silla: Fiscal Rodrigo Salazar.

—Thompson, necesito que vengas a mi oficina. Ahora —la voz al otro lado no admitía negociaciones.

—Estoy terminando un informe, fiscal. ¿Puede esperarse hasta mañana?

—No. Es sobre el caso Iñiguez. Necesitamos evaluación psicológica urgente.

Lalita guardó silencio por un momento. El caso Iñiguez había estado en las noticias durante la última semana. Arquitecto prestigioso arrestado por la muerte de su esposa. Los medios especulaban, pero había pocos detalles confirmados.

—Estaré ahí en treinta minutos.

La oficina del Fiscal Salazar olía a café recalentado y papel viejo. Detrás del escritorio, el hombre de cincuenta años con canas prematuras la recibió sin levantarse. A su lado, una mujer de unos cuarenta años con expresión severa la observaba con atención.

—Detective Clara Montes, homicidios —dijo la mujer extendiendo la mano—. He oído hablar de usted.

—Espero que cosas buenas —Lalita estrechó su mano con firmeza.

—Suficientemente buenas para que esté aquí —Salazar empujó una carpeta gruesa a través del escritorio—. Gonzalo Iñiguez. Treinta y ocho años. Arquitecto socio de Miranda & Iñiguez, una de las firmas más prestigiosas de la ciudad. Casado con Valeria Iñiguez durante ocho años. Sin hijos. Sin antecedentes penales. Sin multas de tránsito siquiera.

Lalita abrió la carpeta. La primera fotografía mostraba a un hombre atractivo de facciones simétricas, cabello oscuro perfectamente peinado, traje gris que probablemente costaba más que su renta mensual. Sonreía con naturalidad a la cámara en lo que parecía un evento social.

—Hace dos semanas, su esposa Valeria fue encontrada muerta en su habitación —continuó Montes—. Sobredosis de benzodiacepinas combinadas con alcohol. Frasco vacío de pastillas en la mesa de noche. Nota manuscrita explicando que no podía más con la depresión.

—¿Suicidio? —preguntó Lalita, pasando a las fotografías de la escena del crimen.

—Eso querían que pensáramos —la detective se inclinó hacia adelante —. Pero la escena está demasiado perfecta. La nota está escrita con la letra de Valeria, confirmado por grafología, pero el análisis forense muestra micro temblores en el trazo. Alguien la obligó a escribirla.

—Las benzodiacepinas no estaban prescritas a Valeria —agregó Salazar —. No tenemos registro de que alguna vez las haya comprado. Y curiosamente, las cámaras de seguridad de la casa se desconectaron misteriosamente esa noche. Falla técnica, según el reporte.

Lalita estudió las imágenes. La habitación era impecable. La mujer en la cama parecía dormida, no muerta. Todo perfectamente ordenado, como una escena montada para una revista de decoración.

—¿Y Gonzalo?

—Coartada de hierro —Montes golpeó el escritorio con frustración—. Las cámaras del edificio donde tiene su oficina lo muestran trabajando hasta las once de la noche. Valeria murió entre las ocho y las diez de la noche, según el forense. Imposible que él estuviera ahí.

—Entonces, ¿por qué lo arrestaron?

—Porque cuando le informamos de la muerte de su esposa —la detective abrió su propia carpeta y sacó una hoja—, esto fue exactamente lo que dijo: "Entiendo. ¿Necesitan que identifique el cuerpo formalmente o las fotografías son suficientes?" Sin preguntar qué pasó, cómo murió, si sufrió. Nada. Solo logística.

Lalita sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Y cuando le preguntamos si sabía de alguien que quisiera hacerle daño a Valeria —continuó Montes—, respondió: "No puedo imaginar por qué alguien invertiría energía emocional en dañar a otra persona. Parece profundamente ineficiente."

—¿Esas fueron sus palabras exactas? ¿Ineficiente?

—Textuales.

Salazar se puso de pie y caminó hacia la ventana.

—Sabemos que él lo hizo, Thompson. Pero no podemos probarlo. No hay evidencia forense que lo vincule. No hay testigos. No hay móvil aparente. Heredó algo de dinero, sí, pero él gana el doble de lo que Valeria tenía. No hay amante. No hay peleas documentadas. Todos sus amigos y colegas dicen que era el esposo perfecto.

—Demasiado perfecto —murmuró Lalita.

—Exacto —Montes se cruzó de brazos—. Por eso la necesitamos. Necesitamos que lo evalúe. Que encuentre la grieta. Algo que podamos usar.

Lalita cerró la carpeta y miró a ambos funcionarios.

—Entienden que una evaluación psicológica no es evidencia de culpabilidad, ¿verdad? Puedo determinar si tiene rasgos psicopáticos, narcisistas, antisociales. Pero eso no prueba que mató a su esposa.

—Lo sabemos —Salazar regresó a su escritorio—. Pero tal vez, solo tal vez, si lo presionas lo suficiente, diga algo que sí podamos usar.

—¿Quieren que lo interrogue disfrazada de evaluación psicológica?

—Queremos que hagas tu trabajo —la voz del fiscal se endureció—. Y si en el proceso él decide confesar porque lo hiciste sentir cómodo, o porque su ego no puede resistir alardear de lo inteligente que es, eso es simplemente un beneficio adicional.

Lalita sopesó la propuesta. Había algo profundamente incómodo en la solicitud, pero la descripción del comportamiento de Gonzalo la intrigaba. Y la foto de Valeria Iñiguez, una mujer de treinta y cinco años con sonrisa genuina en su foto de identificación, merecía justicia.

—De acuerdo. Pero lo haré a mi manera. Nada de presiones, nada de atajos. Evaluación profesional completa.

—Es todo lo que pedimos —Montes extendió otra carpeta—. Aquí está toda la información que tenemos sobre él. La primera sesión está programada para mañana a las nueve de la mañana en la prisión preventiva.

Esa noche, Lalita se quedó hasta tarde revisando cada página del expediente. Gonzalo Iñiguez había nacido en familia acomodada. Hijo único. Padres profesionistas exitosos, ambos fallecidos en accidente aéreo cuando él tenía veintidós años. Graduado con honores en arquitectura. Múltiples premios de diseño. Tres relaciones serias antes de Valeria, todas terminadas amigablemente según reportes. Ninguna exnovia con quejas o denuncias.

En papel, era el ciudadano modelo.

Pero había algo en sus ojos en las fotografías. Algo que Lalita no podía definir todavía pero que la mantenía inquieta.

A las tres de la mañana, finalmente cerró la carpeta y se preparó para dormir. Pero el sueño no llegó fácilmente.

Porque en algún lugar de la ciudad, encerrado en una celda de prisión preventiva, Gonzalo Iñiguez probablemente dormía sin problemas.

Sin pesadillas.

Sin remordimientos.

Sin nada de lo que mantiene despiertos a los culpables.

Y eso, pensó Lalita mientras miraba el techo de su habitación, era la señal más aterradora de todas.

Al día siguiente, a las nueve en punto de la mañana, Lalita atravesó las puertas de seguridad de la prisión preventiva con su grabadora digital, su libreta, y las baterías de pruebas psicológicas que había seleccionado cuidadosamente. La detective Montes la acompañaba, pero esperaría afuera de la sala de entrevistas.

—¿Nerviosa? —preguntó la detective mientras caminaban por el pasillo de cemento.

—Cautelosa —respondió Lalita—. Es diferente.

—He estado haciendo esto durante dieciocho años, Thompson. Y puedo decirle algo: este hombre es diferente. No como los otros que he arrestado. Hay algo en él que te hiela la sangre.

Llegaron a la sala. Una mesa metálica, dos sillas, espejo de observación en una pared. Estéril. Funcional. Diseñada para incomodidad.

Gonzalo Iñiguez ya estaba ahí.

Se puso de pie cuando ella entró. Movimiento fluido, elegante incluso con el uniforme naranja de prisión preventiva. Extendió la mano.

—Usted debe ser la Doctora Thompson. Un placer conocerla.

Lalita estrechó su mano brevemente. Firme, seca, sin el nerviosismo que mostrarían la mayoría de los detenidos. Sus ojos la estudiaban con algo que parecía curiosidad genuina.

—Señor Iñiguez. Gracias por acceder a esta evaluación.

—Por favor, llámeme Gonzalo —sonrió con naturalidad—. Y no tuve muchas opciones, ¿verdad? Pero debo admitir que estoy intrigado. Nunca había sido evaluado psicológicamente. Será una experiencia interesante.

Se sentaron. Lalita colocó la grabadora sobre la mesa y presionó el botón rojo.

—Esta sesión está siendo grabada con su conocimiento y consentimiento. ¿Está de acuerdo?

—Completamente.

—Bien. Comencemos con algunas preguntas básicas. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Físicamente bien. La comida aquí es bastante ordinaria, pero tolerable. Duermo sin problemas. Aunque la falta de luz natural es un desafío para mi reloj biológico —hizo una pausa—. ¿Es eso lo que realmente quería saber?

Lalita mantuvo la expresión neutral.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, presumiblemente usted está aquí para evaluar mi estado mental en relación con la muerte de mi esposa. Preguntarme sobre mi bienestar físico parece una manera indirecta de comenzar.

—Es protocolo estándar.

—Por supuesto —se reclinó en la silla, completamente relajado—. Proceda entonces.

Lalita pasó los siguientes veinte minutos realizando preguntas de evaluación básica. Historia personal, educación, relaciones familiares. Gonzalo respondía con precisión y sin evasivas. Pero algo la inquietaba. No mostraba las microexpresiones típicas de alguien bajo estrés. No había sudoración en las palmas, no había desvío de mirada, no había tensión en los hombros.

Finalmente, decidió ir al punto.

—Gonzalo, ¿cómo se siente respecto a la muerte de su esposa?

Él la miró directamente a los ojos. Durante tres segundos completos, no dijo nada. Lalita observó, esperando ver alguna emoción cruzar su rostro. Dolor, ira, culpa, miedo. Cualquier cosa.

No vio nada.

Y entonces él sonrió. Una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero genuina.

—Desconcertado —dijo finalmente—. Por la cantidad de atención que está generando algo tan... ordinario.

El silencio que siguió fue absoluto.

Lalita sintió que algo frío se instalaba en su estómago. No era la respuesta de alguien inocente tratando de sonar inocente. No era la respuesta de alguien culpable tratando de ocultar su culpa.

Era la respuesta de alguien que genuinamente no entendía por qué debería sentir nada en absoluto.

—¿Ordinario? —repitió Lalita, manteniendo la voz firme.

—Las personas mueren todos los días, Doctora Thompson. Es estadísticamente inevitable. La muerte de Valeria es trágica para quienes valoraban su existencia, supongo. Pero objetivamente, ¿qué la hace más significativa que las otras miles de muertes que ocurrieron el mismo día?

Lalita apretó su bolígrafo con más fuerza de la necesaria.

—Era su esposa.

—Sí —él asintió—. Y por eso entiendo, intelectualmente, que se espera que experimente aflicción. He estado observando cómo otros reaccionan a pérdidas similares. Es fascinante, realmente, la variedad de respuestas emocionales. Pero debo confesar que no puedo replicarlas de manera auténtica. Sería deshonesto pretender sentimientos que no existen, ¿no le parece?

Y ahí estaba.

La verdad desnuda, sin disculpas, sin intentos de ocultar.

Lalita supo en ese momento exactamente con qué estaba tratando.

Y supo también que este caso no se parecería a ninguno que hubiera enfrentado antes.

—Creo que hemos terminado por hoy —dijo, deteniendo la grabadora.

—¿Ya? —Gonzalo parecía genuinamente decepcionado—. Pensé que tendríamos más tiempo. Tengo tantas preguntas sobre sus metodologías de evaluación.

—Tendremos más sesiones —Lalita guardó sus cosas—. Programaré otra para pasado mañana.

—Excelente. Espero ansioso nuestra próxima conversación, Doctora Thompson —hizo una pausa—. ¿Puedo preguntarle algo antes de que se vaya?

—¿Qué?

—¿Ya decidió si soy culpable o inocente?

Lalita se detuvo en la puerta y lo miró por encima del hombro.

—Mi trabajo no es determinar culpabilidad. Es evaluar su estado psicológico.

—Pero ya tiene una opinión —no era una pregunta—. Lo veo en su postura. En cómo apretó el bolígrafo cuando hablé de Valeria. En cómo su respiración cambió cuando dije que no puedo sentir aflicción genuina.

Lalita no respondió.

Gonzalo sonrió ampliamente por primera vez.

—Me agrada, Doctora Thompson. Realmente me agrada. Creo que usted y yo vamos a tener conversaciones muy interesantes.

Lalita salió sin decir palabra.

En el pasillo, la Detective Montes la esperaba.

—¿Y bien?

Lalita caminó varios metros antes de responder. Cuando finalmente habló, su voz era apenas un murmullo.

—Es él. Definitivamente es él.

—¿Cómo lo sabe?

Lalita se detuvo y miró a la detective directamente.

—Porque los psicópatas típicos fingen emoción. Él no. Simplemente no oculta que no la siente. Como si fuera irrelevante. Como si el resto del mundo fuera el que está equivocado por sentir algo.

—¿Eso es suficiente para una condena?

—No —Lalita negó con la cabeza—. Pero es suficiente para saber que no vamos a detenerlo con métodos convencionales. Él es demasiado inteligente para eso.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Lalita miró hacia la puerta cerrada de la sala de entrevistas. Detrás de ella, Gonzalo Iñiguez probablemente seguía sentado, completamente tranquilo, esperando con curiosidad académica su próximo encuentro.

—Vamos a hacer que su inteligencia trabaje en su contra —dijo finalmente—. Vamos a usar su único defecto.

—¿Cuál?

—Su ego.

Y con eso, Lalita salió de la prisión sabiendo dos cosas con absoluta certeza:

Primera, que Gonzalo Iñiguez había asesinado a su esposa con la misma frialdad con que alguien más cerraría un libro que ya no le interesa.

Y segunda, que para atraparlo, ella tendría que entrar en un lugar donde ningún psicólogo forense debería aventurarse.

Tendría que entrar en su mente.

Y arriesgar perder la propia en el proceso.

CAPÍTULO 2

La escena perfecta

La casa de Gonzalo y Valeria Iñiguez estaba ubicada en una de las zonas más exclusivas de la ciudad, en una calle tranquila bordeada de árboles frondosos que filtraban la luz del sol en patrones geométricos sobre el pavimento. Lalita llegó temprano en la mañana, dos días después de su primera entrevista con Gonzalo. La Detective Montes la esperaba frente a la entrada principal, con dos tazas de café en las manos.

—Pensé que podría necesitar esto —le extendió una de las tazas—. La escena sigue sellada, así que tenemos privacidad total.

—Gracias —Lalita tomó el café y observó la fachada. Líneas limpias, diseño minimalista, cristal y concreto en proporciones perfectas. La firma inconfundible de un arquitecto obsesivo con el control—. Es exactamente como imaginé que sería.

—¿Qué quiere decir?

—Nada está fuera de lugar. Ni siquiera una hoja en el jardín. Todo perfectamente calculado.

Montes sacó las llaves y abrió la puerta. El interior mantenía la misma estética: espacios abiertos, paleta de colores neutros, cada objeto cuidadosamente seleccionado y ubicado. Era hermoso de una manera casi antinatural, como un set de fotografía para revista de arquitectura.

—La escena del crimen está en el segundo piso —Montes señaló la escalera flotante de acero y madera—. Habitación principal.

Subieron en silencio. Lalita observaba cada detalle. Las fotografías enmarcadas en las paredes mostraban a Gonzalo y Valeria en diversos eventos sociales, siempre perfectamente vestidos, siempre sonriendo. Pero cuando Lalita se acercó a mirar con más atención, notó algo: en todas las fotos, la sonrisa de Valeria alcanzaba sus ojos. La de Gonzalo, no.

La habitación principal era espaciosa, con ventanales del piso al techo que daban a un jardín privado. La cama king size seguía tal como la había encontrado la policía, con las sábanas blancas inmaculadas y el cuerpo ya removido. Una cinta amarilla de evidencia rodeaba el perímetro.

Lalita se detuvo en el umbral y simplemente observó.

—Cuénteme exactamente cómo la encontraron —pidió.

Montes consultó su libreta.

—El ama de llaves llegó a las ocho de la mañana, como siempre. Gonzalo le había dado instrucciones de no molestarlo porque Valeria no se sentía bien y estaba descansando. Pero cuando llegó el mediodía y Valeria no salía, el ama de llaves se preocupó. Tocó la puerta, no hubo respuesta. La abrió y la encontró. Valeria estaba acostada de lado, en posición fetal, como si estuviera durmiendo. Frasco de pastillas vacío en la mesa de noche. Copa de vino a medio terminar. Y esto —extendió una fotografía de la nota manuscrita.

Lalita leyó las palabras escritas con letra femenina y elegante: *"No puedo más. El peso es demasiado. Perdónenme. V."*

—Análisis grafológico confirmó que es su letra —continuó Montes—. Pero cuando el forense examinó la nota con más detalle, encontró micro temblores en el trazo. Inconsistentes con alguien escribiendo voluntariamente. Consistentes con alguien escribiendo bajo coerción o amenaza extrema.

—¿Testigos? ¿Vecinos que oyeran algo?

—Nada. Esta zona es muy silenciosa. Las casas están separadas por jardines amplios. Y las cámaras de seguridad de la casa, convenientemente, se desconectaron a las siete de la noche.

Lalita caminó hacia la mesa de noche y se arrodilló, observando sin tocar. Todo estaba demasiado ordenado. El frasco de pastillas perfectamente alineado. La copa sin huellas dactilares excepto las de Valeria. Ni siquiera una arruga extra en las sábanas.

—Es una puesta en escena —murmuró—. Pero hecha por alguien que entiende exactamente cómo debería verse un suicidio convincente.

—Exacto. Por eso sabemos que fue él. Pero no podemos probarlo.

—Dijo que tiene coartada.

—Sólida como roca —Montes sacó su teléfono y mostró imágenes de cámaras de seguridad—. Estas son del edificio donde tiene su oficina. Aquí lo ves entrando a las seis de la tarde. Y aquí saliendo a las once de la noche. Nunca sale en medio.

—¿Y el rango de muerte?

—El forense lo ubica entre las ocho y las diez de la noche. Imposible que haya estado aquí y allá al mismo tiempo.

Lalita se puso de pie y caminó lentamente alrededor de la habitación. Abrió el clóset: ropa perfectamente organizada por colores. Revisó el baño: productos de higiene alineados con precisión milimétrica. Todo impecable. Todo controlado.

Regresó al centro de la habitación y giró lentamente, observando las paredes, las proporciones del espacio.

—Detective, ¿tiene los planos arquitectónicos de la casa?

Montes frunció el ceño.

—En el auto. ¿Por qué?

—Porque algo no cuadra. Esta habitación se siente más pequeña de lo que debería ser.

Bajaron al vehículo y Montes extendió los planos sobre el capó. Lalita los estudió con atención, comparando las medidas con su recuerdo del espacio que acababa de recorrer.

Y entonces lo vio.

—Aquí —señaló con el dedo—. Entre la habitación principal y la habitación de huéspedes. Hay espacio no contabilizado. Aproximadamente tres metros por cuatro.

Montes se inclinó sobre los planos.

—Una habitación oculta.

—O un estudio privado que no aparece en los registros oficiales —Lalita levantó la vista—. Necesitamos entrar ahí.

Regresaron a la casa. Lalita caminó lentamente por el pasillo del segundo piso, golpeando suavemente las paredes, escuchando el sonido. En la pared entre las dos habitaciones, el sonido cambió. Más hueco.

—Aquí —dijo.

Montes presionó diferentes puntos, buscando algún mecanismo. Finalmente, un panel de madera cedió ligeramente y se deslizó hacia un lado, revelando una puerta estrecha sin manija visible.

—Necesitamos una orden —murmuró Montes.

—Usted tiene autorización para inspeccionar toda la propiedad relacionada con el caso —respondió Lalita—. Esta es parte de la propiedad.

Montes dudó solo un segundo antes de empujar la puerta.

El espacio al otro lado era pequeño pero meticulosamente organizado. Un escritorio minimalista con una computadora de última generación. Estantes con libros de arquitectura, pero también de psicología, neurociencia, y varios textos sobre perfiles criminales. Y en la pared del fondo, un tablero de corcho con fotografías, documentos, y notas manuscritas.

Lalita se acercó al tablero y sintió que el aire se le escapaba de los pulmones.

Había fotos de Valeria. Docenas de ellas. En diferentes momentos, diferentes lugares. Algunas parecían tomadas sin que ella lo supiera. Bajo cada foto, notas escritas con la caligrafía precisa de Gonzalo: fechas, observaciones sobre comportamiento, cambios de humor documentados con detalle clínico.

Pero eso no era lo peor.

A un lado del tablero dedicado a Valeria, había otras secciones. Otras mujeres. Cada una con su propio conjunto de fotografías y anotaciones.

—Dios mío —susurró Montes.

Lalita leyó las etiquetas en voz alta.

—M.R., dos mil dieciocho. C.L., dos mil diecinueve. S.V., dos mil veinte.

—Sandra Vega —Montes se acercó rápidamente—. Murió en accidente automovilístico hace cinco años. Nunca pudimos probar nada sospechoso, pero siempre me pareció extraño.

Lalita estudió las anotaciones bajo la foto de Sandra. Gonzalo había documentado su relación como si fuera un experimento científico. Respuestas emocionales, patrones de comportamiento, puntos de vulnerabilidad.

—No son solo recuerdos —dijo Lalita—. Son expedientes. Como si cada una de estas mujeres fuera un proyecto.

—¿Y cuando el proyecto termina?

Lalita no respondió. No necesitaba hacerlo.

Montes sacó su teléfono y comenzó a fotografiar todo. Lalita abrió los cajones del escritorio con cuidado. Dentro encontró libretas. Las abrió y comenzó a leer.

Era un diario. Pero no el tipo de diario donde alguien registra emociones y reflexiones personales. Era un registro clínico de observaciones sobre otras personas. Sobre cómo reaccionaban ante ciertos estímulos. Sobre cómo se podía predecir y manipular su comportamiento.

Una entrada fechada tres meses antes de la muerte de Valeria decía: *"El proyecto V.I. se acerca a su conclusión natural. Los beneficios obtenidos han sido sustanciales: estabilidad social, acceso a círculos profesionales*

específicos, imagen de normalidad perfectamente construida. Sin embargo, V. comienza a hacer preguntas incómodas. Nota inconsistencias. El riesgo de exposición aumenta. Tiempo de implementar protocolo de cierre."

Lalita sintió náuseas.

—Necesita ver esto —le dijo a Montes, mostrándole la libreta.

La detective leyó y palideció.

—Es una confesión.

—Es peor que eso —Lalita pasó las páginas—. Es evidencia de que esto no fue un crimen pasional. Fue un cierre administrativo. Como quien termina un contrato que ya no le sirve.

Siguieron revisando el estudio. La computadora estaba protegida con contraseña, pero Montes llamó inmediatamente a un técnico forense. En otro cajón encontraron una caja pequeña. Cuando Lalita la abrió, descubrió objetos personales que claramente no pertenecían a Gonzalo: un anillo de compromiso con las iniciales S.V., un mechón de cabello castaño en una bolsa sellada, una fotografía rasgada de una mujer morena sonriendo.

Cada objeto estaba etiquetado con iniciales y fechas.

Trofeos.

—Este hombre es un depredador —Montes cerró la caja con fuerza—. Un depredador que colecciona.

—Pero un depredador inteligente —agregó Lalita—. Lo suficientemente inteligente para documentar todo sin dejar evidencia forense utilizable. Todo lo que hemos encontrado aquí prueba que es un psicópata. Pero no prueba legalmente que mató a Valeria.

—Las libretas mencionan "protocolo de cierre".

—Mencionan pero no describen. Un abogado argumentaría que es escritura creativa, fantasía, catarsis emocional inusual pero no criminal.

Montes golpeó la pared con frustración.

—Entonces, ¿de qué sirve todo esto?

Lalita cerró la libreta que tenía en las manos y miró alrededor del estudio oculto.

—Sirve para confirmar con qué estamos tratando. Y para saber que Gonzalo no solo mató a Valeria. Probablemente ha matado antes. Y si lo dejamos salir, matará de nuevo.

—¿Qué hacemos entonces?

—Documentamos todo. Llevamos esta evidencia al fiscal. Y yo continúo con las evaluaciones —Lalita caminó hacia la salida—. Porque ahora sé exactamente qué tipo de monstruo es. Y sé que su único punto débil es su necesidad de que alguien reconozca su brillantez.

—¿Cree que puede hacer que confiese?

Lalita se detuvo en el umbral del estudio oculto y miró hacia atrás, a ese espacio donde Gonzalo había construido su propio museo del horror.

—No va a confesar porque sienta culpa o miedo. Va a confesar porque no podrá resistir la tentación de explicar lo perfecto que fue su crimen. Su ego es más grande que su instinto de supervivencia.

—¿Y si está equivocada?

—Entonces Valeria y las otras mujeres nunca tendrán justicia —Lalita salió al pasillo—. Pero no estoy equivocada. Lo conozco ahora. Conozco cómo piensa.

Salieron de la casa en silencio. El sol ya estaba alto y la calle seguía tranquila, hermosa, aparentemente inocente. Como la fachada perfecta de Gonzalo Iñiguez.

Antes de subir a su auto, Lalita miró una última vez hacia la casa. En algún lugar detrás de esas paredes perfectamente diseñadas, un hombre había construido teatro para sus crímenes. Había planeado cada detalle. Había documentado cada paso. Había convertido el asesinato en arquitectura.

Y ahora esperaba, desde su celda, que alguien finalmente apreciara su obra maestra.

Lalita sabía que ese alguien tendría que ser ella.

Aunque el precio de esa comprensión pudiera ser más alto de lo que estaba preparada para pagar.

CAPÍTULO 3

El juego de espejos

La segunda sesión de evaluación estaba programada para tres días después del descubrimiento del estudio oculto. Lalita había pasado esas setenta y dos horas revisando cada fotografía que Montes había tomado, cada página de las libretas que habían confiscado, cada detalle del caso. Apenas había dormido. Cuando cerraba los ojos, veía el tablero de corcho con las fotografías de las mujeres, cada una etiquetada como especímenes de laboratorio.

El Dr. Esteban Villarreal, su mentor, la había llamado esa mañana.

—Lalita, escuché sobre el caso Iñiguez. Ten cuidado.

—Siempre tengo cuidado.

—No me refiero a cuidado profesional. Me refiero a cuidado personal —hubo una pausa—. Los psicópatas de alto funcionamiento como él no solo manipulan. Estudian. Y cuando encuentran a alguien que consideran digno de atención, se obsesionan.

—¿Está diciendo que podría obsesionarse conmigo?

—Estoy diciendo que probablemente ya lo hizo. Eres inteligente, lo desafías, no te intimidas fácilmente. Para alguien como él, eres el juguete más interesante que ha encontrado en años.

Lalita recordó esas palabras mientras atravesaba las puertas de seguridad de la prisión preventiva. Esta vez no se sentía cautelosa. Se sentía armada. Conocía su secreto. Había visto su museo de horrores. Tenía ventaja.

O eso pensaba.

Cuando entró a la sala de entrevistas, Gonzalo ya estaba sentado. Pero algo era diferente. Su postura era más relajada, casi amistosa. Y cuando la vio entrar, sonrió genuinamente.

—Doctora Thompson, qué gusto verla de nuevo. He estado esperando esta sesión con considerable anticipación.

Lalita colocó su grabadora sobre la mesa y se sentó.

—¿Considerable anticipación? Esa es una forma interesante de describirlo.

—¿Preferiría que dijera que estaba ansioso? —inclinó la cabeza—. Pero eso sería impreciso. La ansiedad implica preocupación por un resultado negativo. Yo no estoy preocupado. Simplemente encuentro nuestras conversaciones estimulantes.

—Me alegra que las encuentre estimulantes —Lalita presionó el botón de grabación—. Hoy me gustaría profundizar en su historia personal. Háble me de su infancia.

Gonzalo se reclinó en la silla.

—¿Es esta la parte donde busca trauma fundacional? ¿El momento oscuro que me convirtió en lo que soy?

—Es la parte donde construyo un perfil psicológico completo.

—Por supuesto —sonrió—. Tuve una infancia privilegiada. Padres exitosos, educación de calidad, ninguna carencia material. No hubo abuso, ni negligencia, ni evento traumático que pudiera usar como excusa conveniente.

—¿Diría que tuvo una relación cercana con sus padres?

—Diría que tuve una relación funcional con ellos. Me proporcionaron lo necesario para desarrollarme. Yo cumplí con las expectativas que tenían de mí. Fue un intercambio eficiente.

Lalita anotó en su libreta. La forma en que describía relaciones familiares como "intercambios eficientes" era reveladora.

—¿Cómo se sintió cuando murieron en el accidente aéreo?

Gonzalo la miró directamente a los ojos.

—Inconvenienced.

—¿Perdón?

—Incomodado —tradujo—. Tuve que cancelar varios compromisos para ocuparme de los arreglos funerarios. El papeleo del seguro fue tedioso. Pero desde el punto de vista financiero, la herencia fue sustancial y bien invertida.

Lalita mantuvo la expresión neutral, aunque por dentro sentía una mezcla de fascinación y repulsión.

—¿Extraña a sus padres?

—¿Cómo se extraña algo que nunca se valoró emocionalmente en primer lugar? —hizo una pausa—. Pero déjeme preguntarle algo, doctora. ¿Usted extraña a personas que conoció brevemente hace años? ¿O solo extraña a quienes construyeron conexión emocional significativa con usted?

—Estamos aquí para hablar de usted, no de mí.

—Ah, pero ahí está el problema —Gonzalo se inclinó hacia adelante—. Para entenderme a mí, necesita entender que no construyo esas conexiones emocionales. Nunca lo he hecho. Las personas son... interesantes. Útiles a veces. Pero no significativas en el sentido que usted entiende esa palabra.

—¿Incluida Valeria?

El nombre quedó suspendido en el aire entre ellos. Gonzalo no mostró reacción visible.

—Especialmente Valeria.

—Cuénteme sobre ella. ¿Cómo se conocieron?

—En una inauguración de galería. Ella era curadora de arte. Inteligente, bien conectada socialmente, físicamente atractiva. Representaba todos los indicadores de lo que se considera una "buena pareja".

—¿La amó?

Gonzalo rio. No una risa fingida, sino genuinamente divertida.

—Doctora Thompson, ¿realmente espera que responda esa pregunta con sinceridad? Cualquier respuesta que le dé será analizada, diseccionada, usada en mi contra. Si digo que sí, usted concluirá que miento. Si digo que no, confirma su teoría de que soy un psicópata incapaz de amar. Es una pregunta trampa.

—Entonces no responda con lo que cree que quiero escuchar. Responda con la verdad.

Gonzalo la estudió por un largo momento.

—La verdad —dijo finalmente— es que no entiendo qué significa esa palabra. Amor. He leído definiciones. He observado comportamientos que las personas asocian con amor. Pero es como si me describieran un color que nunca he podido ver. Puedo memorizar que el cielo es azul, pero nunca experimentaré el azul como otros lo experimentan.

—¿Y eso no lo hace sentir vacío?

—¿Cómo puedo sentirme vacío de algo que nunca tuve? —se encogió de hombros—. Las personas asumen que carecer de emociones profundas es una discapacidad. Yo lo veo como liberación. Mientras otros están paralizados por culpa, miedo, amor, dolor, yo simplemente observo, analizo y actúo de la manera más eficiente.

Lalita cambió de táctica.

—Háble me de su trabajo. De la arquitectura.

Los ojos de Gonzalo se iluminaron ligeramente.

—Ahora eso sí es interesante. La arquitectura es control puro. Tomas espacio caótico y lo transformas en orden. Decides cómo las personas se moverán, qué sentirán, qué verán. Es poder absoluto sobre el ambiente.

—¿Poder sobre las personas?

—Poder sobre la experiencia de las personas, que es más interesante. Si diseño una habitación con techos bajos y pasillos estrechos, genero incomodidad. Si creo espacios abiertos con luz natural, genero calma. Puedo manipular emociones sin decir una palabra.

—Como manipuló la escena de la muerte de Valeria.

El silencio fue absoluto.

Gonzalo la miró sin parpadear. Luego, lentamente, comenzó a sonreír.

—Eso fue muy astuto, doctora. Insertar la acusación casualmente en medio de conversación sobre arquitectura. Casi funcionó.

—¿Casi?

—Estoy dispuesto a discutir teorías hipotéticas sobre escenas del crimen —dijo cuidadosamente—. Pero no voy a confesar algo que no hice simplemente porque usted fue inteligente con su redacción.

Lalita decidió presionar más.

—Encontramos su estudio oculto.

La máscara de Gonzalo se resbaló por una fracción de segundo. Un destello de sorpresa genuina, seguido inmediatamente por algo más oscuro. Evaluación. Re calculación.

—¿Mi oficina privada? No es ilegal tener espacio personal.

—Las libretas que documentan cada detalle de sus relaciones tampoco son ilegales —Lalita mantuvo la voz calmada—. Aunque son reveladoras.

—Soy metódico. Siempre lo he sido. Documento patrones de comportamiento porque me ayuda a entender cómo funcionan las personas.

—¿Incluido el "protocolo de cierre" para Valeria?

Gonzalo se quedó muy quieto.

—Leyó mis escritos personales.

—Con orden judicial, sí.

—Entonces sabrá que esas eran reflexiones privadas. Ejercicios creativos. Formas de procesar pensamientos.

—¿Ejercicios creativos que casualmente describen exactamente cómo murió su esposa?

—¿O descripciones que parecen coincidir porque su mente está buscando confirmación de una teoría preconcebida?

Lalita aplicó entonces la batería de pruebas psicológicas. Le mostró las láminas del test de Rorschach. Gonzalo respondió con descripciones precisas y desprovistas de emoción. Simetría. Patrones. Formas geométricas. Ninguna respuesta que involucrara personas, relaciones o sentimientos.

Continuó con el PCL-R, la escala de psicopatía de Hare. Cuarenta preguntas diseñadas para detectar rasgos psicopáticos. Gonzalo respondió con honestidad perturbadora.

¿Tiene encanto superficial? Sí. ¿Carece de remordimiento? Sí. ¿Manipula a otros? Sí, cuando es necesario. ¿Tiene estilo de vida parasitario? No, trabajo por mi dinero. ¿Tiene múltiples relaciones breves? Sí.

Al final, Lalita calculó el puntaje mentalmente.

Treinta y ocho de cuarenta.

Psicopatía severa.

—¿Qué puntaje obtuve? —preguntó Gonzalo con curiosidad genuina.

—Eso es parte del informe confidencial.

—Pero fue alto, ¿verdad? —sonrió—. Puedo verlo en su expresión. Le emocionó encontrar caso de libro de texto.

—Esto no es emoción. Es documentación clínica.

—Por supuesto —se reclinó—. Pero ahora viene la parte interesante. Un puntaje alto en PCL-R no prueba que maté a mi esposa. Solo prueba que pienso diferente. Y pensar diferente no es crimen.

Tenía razón. Y ambos lo sabían.

Lalita guardó las pruebas y preparó para terminar la sesión. Pero Gonzalo habló primero.

—Doctora Thompson, ¿puedo hacerle una pregunta personal?

—Depende de la pregunta.

—¿Por qué eligió esta profesión? Psicología forense. Pasar su tiempo evaluando criminales, enfrentando la peor cara de la humanidad. ¿Qué la motiva?

Lalita dudó. Era pregunta inapropiada. Debía redirigir. Pero algo en su tono, en su curiosidad genuina, la hizo responder.

—Porque alguien tiene que dar voz a las víctimas.

—Interesante —Gonzalo asintió—. Entonces usted ve su trabajo como justicia poética. Pero, ¿qué pasa si las víctimas no fueron tan inocentes? ¿Qué pasa si Valeria no era la esposa perfecta que todos pintan?

—¿Está culpando a la víctima?

—Estoy sugiriendo que las narrativas son más complejas de lo que parecen. Todos asumen que yo soy monstruo y ella era santa. La verdad suele estar en algún punto intermedio.

—¿Qué verdad?

Gonzalo sonrió enigmáticamente.

—Esa es conversación para otra sesión. Cuando confíe más en mí.

Lalita se puso de pie bruscamente.

—No confiaré en usted. Nunca.

—Eso dice ahora. Pero ya estamos jugando el juego, doctora. Y ambos lo sabemos. Yo estudio cómo usted piensa. Usted estudia cómo yo pienso. Somos espejos reflejándonos mutuamente. La pregunta es: ¿quién parpadeará primero?

Lalita salió de la sala sin responder.

En el pasillo, se apoyó contra la pared y cerró los ojos.

El Dr. Villarreal tenía razón.

Gonzalo no era como los otros criminales que había evaluado.

Era peor.

Porque era consciente de exactamente lo que era.

Y encontraba fascinante estudiar a la persona que intentaba estudiarlo a él.

CAPÍTULO 4

La habitación oculta

La orden judicial llegó dos días después. El Fiscal Salazar había trabajado toda la noche para obtenerla: autorización completa para acceder a la computadora de Gonzalo, descifrar sus archivos encriptados, y analizar cada documento encontrado en el estudio oculto. Un equipo forense digital ya estaba en la casa cuando Lalita y la Detective Montes llegaron.

—El técnico dice que la encriptación es de nivel militar —informó Montes mientras subían las escaleras—. Le tomará días romperla.

—¿Días que tenemos? —preguntó Lalita.

—Apenas. La defensa está presionando para audiencia de fianza. Sin evidencia sólida, el juez podría liberarlo con restricciones.

La idea de Gonzalo caminando libre, incluso con restricciones, le heló la sangre a Lalita.

El estudio oculto lucía diferente bajo la luz de las lámparas forenses. Cada superficie había sido marcada, fotografiada, catalogada. Pero Lalita no estaba ahí por la evidencia física. Estaba ahí por las libretas.

Se sentó en el escritorio de Gonzalo y abrió la primera. La caligrafía era impecable, cada letra perfectamente formada. No había tachaduras ni correcciones. Como si cada palabra hubiera sido planeada antes de tocar el papel.

La primera entrada databa de ocho años atrás.

"Proyecto V.I. iniciado. Sujeto: Valeria Iñiguez, 27 años, curadora de arte. Primera impresión: inteligente, socialmente calibrada, con las conexiones adecuadas para propósitos profesionales. Indicadores de utilidad a largo plazo: altos. Riesgos potenciales: capacidad perceptiva ligeramente sobre promedio. Requerirá manejo cuidadoso."

Lalita sintió náuseas. No estaba leyendo un diario de amor. Estaba leyendo un informe de evaluación. Como si Valeria hubiera sido una inversión financiera que requería análisis de riesgo-beneficio.

Continuó leyendo. Las entradas documentaban cada etapa de la relación: el cortejo inicial, la estrategia de seducción, la propuesta de matrimonio, todo descrito con la emoción de alguien documentando un experimento científico.

"Mes 6: V. ha introducido el tema de compromiso. Estrategia óptima: mostrar vulnerabilidad calculada. Las personas valoran lo que creen que ganaron con esfuerzo. Permitiré que ella 'me conquiste'."

"Año 2: Matrimonio completado según cronograma. V. proporciona estabilidad social esperada. Acceso a círculos de coleccionistas de arte resultó más valioso de lo anticipado. Proyecto exitoso hasta el momento."

"Año 5: V. comienza a hacer preguntas sobre mi comportamiento emocional. Nivel de sospecha: bajo pero aumentando. Ajustes requeridos en la presentación de normalidad."

Y luego, la entrada que confirmaba todo.

"Año 7: V. amenazó con consultar terapeuta. Expresó preocupaciones sobre 'desconexión emocional'. Riesgo de exposición profesional: moderado a alto. Beneficios del proyecto: ya extraídos en su mayoría. Conclusión: tiempo de implementar protocolo de cierre antes de que situación se torne problemática."

Lalita cerró la libreta con manos temblorosas.

—Detective, necesita ver esto.

Montes leyó las entradas que Lalita le señalaba. Su expresión se endureció con cada palabra.

—Es una confesión.

—Es más que eso —Lalita abrió otra libreta—. Es evidencia de premeditación. Meses de planificación. Esto convierte el caso de asesinato en primer grado a asesinato con circunstancias agravantes.

—¿Por qué alguien documentaría esto? Es evidencia directa en su contra.

—Porque para él no es evidencia —Lalita miró alrededor del estudio—. Es su portafolio. Su obra maestra. Los arquitectos documentan sus edificios. Él documentó sus crímenes.

Un técnico forense ingresó al estudio.

—Detective Montes, logramos acceder parcialmente a la computadora. Hay archivos que querrá ver.

Los llevó a la sala de estar donde había instalado su equipo. En la pantalla, carpetas organizadas con la misma meticulosidad que el resto de la vida de Gonzalo.

—Esta carpeta —el técnico señaló— se llama "Proyectos Históricos". Tiene subcarpetas con iniciales.

Montes y Lalita intercambiaron miradas.

—Ábralas —ordenó la detective.

La primera carpeta: M.R. Contenía fotografías de una mujer rubia de unos treinta años, sonriendo en diferentes locaciones. Documentos escaneados: certificado de nacimiento, información laboral, historial médico.

—¿Cómo obtuvo información médica? —preguntó Lalita.

—Probablemente ella se la dio —respondió Montes—. Si estaban en relación, sería natural compartir ese tipo de información.

Pero había más. Grabaciones de audio. El técnico reprodujo una.

Era la voz de una mujer, claramente en medio de discusión.

"—Gonzalo, esto no es normal. La forma en que me miras, como si estuvieras evaluándome constantemente. No puedo más con esto."

Y la voz de Gonzalo, calmada, racional.

"—María, estás proyectando tus inseguridades en mi comportamiento. Tal vez deberías hablar con un profesional sobre tus patrones de ansiedad."

"—¡No estoy loca! Hay algo mal en ti. Algo que no puedo explicar pero que siento. Es como si no fueras completamente real."

"—Eso es profundamente hiriente. Después de todo lo que hemos construido juntos, me acusas de no ser 'real'. Creo que necesitamos un tiempo separados."

La grabación terminaba ahí.

—Grabó sus conversaciones privadas —Lalita sintió otra ola de repulsión —. Sin consentimiento.

—Y las guardó como evidencia de qué? —Montes frunció el ceño—. ¿De que ella era inestable? ¿Preparando el terreno en caso de que necesitara defensa?

—O simplemente documentando el deterioro de la relación —Lalita movió la cabeza—. Observe cómo él la manipula. Ella expresa preocupación legítima y él inmediatamente la acusa de estar mentalmente inestable. Gaslight clásico.

Abrieron la siguiente carpeta: C.L. Otra mujer, morena, de unos veintiocho años. Más fotografías, más documentos, más grabaciones.

Y luego, la carpeta que realmente importaba: S.V.

Sandra Vega.

Esta carpeta era más extensa. Cientos de fotografías abarcando tres años. Documentos que incluían su testamento, sus pólizas de seguro, las llaves de su apartamento escaneadas.

Y una subcarpeta titulada: "Contingencia Final".

El técnico la abrió. Contenía un solo documento de texto.

Lalita lo leyó en voz alta.

"El proyecto S.V. ha alcanzado punto de no retorno. Sujeto amenazó con terminar relación y revelar 'comportamientos preocupantes' a círculo social compartido. Riesgo reputacional: inaceptable. Solución requiere implementación de protocolo de cierre permanente. Metodología seleccionada: accidente automovilístico. Ventajas: común, difícil de investigar, baja sospecha. Preparativos: acceso a vehículo confirmado, conocimiento de rutas habituales documentado, familiaridad con mecánica básica suficiente para sabotaje no detectable en inspección inicial."

El silencio en la habitación era absoluto.

—Es una confesión de asesinato —susurró Montes.

—Es una planificación de asesinato —corrigió Lalita—. Necesitamos confirmar si el accidente de Sandra Vega coincide con esta descripción.

Montes ya estaba en el teléfono, solicitando el expediente del accidente.

Mientras esperaban, continuaron revisando archivos. Encontraron más carpetas, más mujeres. No todas tenían subcarpetas de "Contingencia Final". Algunas simplemente terminaban con notas como: "Proyecto concluido amistosamente. Sin complicaciones."

Aquellas que habían terminado mal, aquellas que habían sospechado, aquellas que habían amenazado con exponer algo, todas tenían planes de contingencia.

Lalita contó seis mujeres en total, además de Valeria.

De esas seis, dos tenían planes de "cierre permanente".

Sandra Vega, muerta en accidente automovilístico.

Y otra, identificada como L.M., que según las notas había "cambiado repentinamente de opinión sobre hacer pública su preocupación". No había documentación de qué le pasó después.

—Necesitamos encontrar a L.M. —dijo Lalita.

—Ya lo estoy rastreando —el técnico tecleaba rápidamente—. Laura Medina. Últimas entradas de la carpeta son de hace tres años. Según registros públicos, actualmente vive en Guadalajara.

—Quiero hablar con ella —Lalita miró a Montes—. Si Gonzalo la amenazó o manipuló para que guardara silencio, su testimonio podría ser crucial.

—Lo arreglaré —Montes hizo otra llamada.

El expediente del accidente de Sandra Vega llegó por email media hora después. Montes lo abrió en su tablet y comenzó a leer.

—Accidente ocurrió en carretera secundaria. Sandra perdió control del vehículo en curva. El auto se salió del camino y cayó por barranco. Muerte instantánea. Investigación inicial concluyó que falló el sistema de frenos. Atribuido a falta de mantenimiento.

—¿Quién reportó la falta de mantenimiento? —preguntó Lalita.

Montes buscó en el documento.

—El mecánico que inspeccionó el vehículo después del accidente. Dijo que los frenos estaban completamente desgastados, que era milagro que no hubiera fallado antes.

—¿Y quién era el mecánico habitual de Sandra?

Montes siguió leyendo. Su expresión cambió.

—No tenía mecánico habitual. Gonzalo Iñiguez, identificado como su pareja en ese momento, declaró que él personalmente mantenía el vehículo de Sandra porque ella "no sabía nada de autos".

Lalita sintió que algo frío se asentaba en su estómago.

—Él tenía acceso completo al vehículo. Conocía sus rutas. Y según su propia documentación, sabía lo suficiente de mecánica para causar sabotaje no detectable.

—Pero el caso fue cerrado como accidente —Montes cerró la tablet con frustración—. No hay forma de reabrir investigación cinco años después sin evidencia física. El vehículo fue desechado hace años.

—No necesitamos el vehículo —Lalita señaló la pantalla de la computadora—. Tenemos esto. Su propia confesión escrita de que planeó matarla.

—Un buen abogado argumentará que es ficción. Escritura creativa. Fantasía.

—¿Ficción que coincide exactamente con un accidente real? —Lalita negó con la cabeza—. Es demasiada coincidencia.

—Coincidencia no es evidencia en corte.

Lalita sabía que Montes tenía razón. Pero no podía aceptarlo. No cuando estaba mirando evidencia clara de que Gonzalo no solo había matado a Valeria, sino que probablemente había matado antes y habría matado de nuevo.

—¿Qué hay de las otras mujeres? —preguntó—. M.R. y C.L. ¿Están vivas?

El técnico verificó.

—María Ruiz, vive en Monterrey. Carmen López, vive en la ciudad, casada, dos hijos. Ambas vivas y aparentemente bien.

—Porque sus proyectos terminaron antes de que ellas se volvieran problemáticas —murmuró Lalita—. Él solo mata cuando siente que su secreto está en peligro.

Montes se puso de pie y caminó hacia la ventana.

—Entonces tenemos: libretas que documentan premeditación para matar a Valeria. Archivos digitales que muestran patrones similares con otras mujeres. Y una posible confesión de haber causado la muerte de Sandra Vega. ¿Es suficiente?

—Debería serlo —respondió Lalita—. Pero necesitamos más. Necesitamos que Gonzalo confirme que estos documentos son suyos, que su contenido es real, no ficción.

—¿Cómo logramos eso?

Lalita pensó en sus sesiones con Gonzalo. En cómo su ego no podía resistir corregirla cuando sugería que no era brillante. En cómo necesitaba que alguien apreciara la complejidad de su mente.

—Voy a mostrarle que encontramos todo esto. Y voy a minimizar su importancia. Voy a sugerir que cualquier persona mediocre podría haber escrito estas cosas. Voy a hacerlo sentir ordinario.

—¿Y crees que eso lo empujará a confesar?

—Creo que lo empujará a defender su trabajo. Y al defender su trabajo, admitirá que es real.

Montes la miró con preocupación.

—Lalita, esto es peligroso. Si lo presionas demasiado, cerrará completamente. Conseguirá abogado que bloqueará todas las sesiones futuras.

—Lo sé —Lalita respiró profundamente—. Por eso tengo que hacerlo bien. Una sola oportunidad para que su ego traicione su inteligencia.

—¿Y si no funciona?

Lalita no respondió. Porque si no funcionaba, Gonzalo eventualmente saldría de prisión. Y algún día, en algún lugar, otra mujer terminaría siendo su próximo proyecto.

Y su próxima víctima.

Esa noche, Lalita no pudo dormir. Seguía viendo las fotografías de las mujeres en el tablero de corcho. Sandra Vega sonriendo, sin saber que el hombre que la fotografiaba ya estaba planeando su muerte. Valeria en su boda, hermosa en su vestido blanco, sin saber que para su esposo ella era simplemente un proyecto con fecha de expiración.

Y las otras, las que sobrevivieron, probablemente sin nunca saber cuán cerca estuvieron del peligro real.

A las tres de la mañana, su teléfono sonó. Era Montes.

—Laura Medina aceptó hablar con nosotros. Mañana a las diez.

—¿Cómo sonaba?

—Asustada —hubo una pausa—. Dijo que había pasado tres años tratando de olvidar a Gonzalo. Y que si hablaba ahora era solo porque no podía vivir sabiendo que otra mujer había muerto por su silencio.

Lalita cerró los ojos.

Otra pieza del rompecabezas estaba a punto de caer en su lugar.

Y con cada pieza, la imagen completa de Gonzalo Iñiguez se volvía más oscura.

Más monstruosa.

Y más imposible de ignorar.

CAPÍTULO 5

El depredador intelectual

La entrevista con Laura Medina había durado dos horas. Lalita y Montes se habían reunido con ella en una cafetería tranquila en Guadalajara, lejos de la ciudad, lejos de cualquier lugar donde Gonzalo pudiera tener conexiones.

Laura tenía treinta y dos años pero parecía mayor. Ojeras profundas, manos que temblaban cuando sostenía su taza de café, mirada que se desviaba constantemente hacia la puerta como si esperara que alguien entrara en cualquier momento.

—Tardé dos años en terapia para poder dormir de nuevo —había dicho—. Gonzalo nunca me tocó. Nunca me amenazó físicamente. Pero había algo en él que me aterrorizaba a un nivel que no puedo explicar.

—¿Qué pasó entre ustedes? —había preguntado Lalita.

—Al principio era perfecto. Encantador, atento, inteligente. Pero después de seis meses, comencé a notar cosas. La forma en que me miraba

cuando pensaba que yo no lo veía. Como si estuviera evaluando algo. La forma en que nunca parecía genuinamente feliz o triste, solo... presente. Y sus preguntas. Siempre preguntaba cosas extrañas sobre mis miedos, mis inseguridades, mis relaciones pasadas. Como si estuviera recolectando datos.

—¿Le dijo algo cuando decidió terminar la relación?

Laura había bajado la mirada.

—Le dije que iba a hablar con su socio en la firma de arquitectura. Que algo no estaba bien en él y que otras personas debían saberlo. Fue la única vez que lo vi realmente enojado —hizo una pausa—. No gritó. No se alteró. Solo se puso de pie, se acercó a mí muy despacio, y dijo: "Laura, si haces eso, voy a destruirte. No físicamente. No dejaré marcas. Pero encontraré todo lo que te importa y lo convertiré en cenizas. Y nadie te creerá porque soy muy bueno en parecer normal."

—¿Y qué hizo?

—Me fui de la ciudad al día siguiente. Cambié mi número. Bloqueé todos sus contactos. Y nunca hablé con nadie sobre él. Hasta ahora.

Esa conversación resonaba en la mente de Lalita mientras caminaba hacia la sala de entrevistas para su tercera sesión con Gonzalo. Llevaba una copia impresa de las entradas de su libreta y capturas de pantalla de sus archivos digitales. El Fiscal Salazar había autorizado mostrarle evidencia selecta para obtener su reacción.

Era arriesgado. Pero necesario.

Gonzalo ya estaba esperando cuando ella entró. Esta vez su expresión era diferente. Más alerta. Como si supiera que algo había cambiado.

—Doctora Thompson —dijo mientras ella se sentaba—. Se ve cansada. ¿Las investigaciones la están desgastando?

—Estoy bien —Lalita colocó la carpeta sobre la mesa pero no la abrió todavía—. ¿Cómo ha estado usted?

—Aburrido. La monotonía de la prisión preventiva es mentalmente agotadora. Echo de menos mis proyectos, mi trabajo. La arquitectura requiere espacio para pensar, para crear. Aquí solo hay paredes grises y tiempo vacío.

—Encontramos su computadora.

Gonzalo no reaccionó visiblemente, pero Lalita notó un cambio sutil en su respiración.

—¿Y?

—Y descubrimos sus archivos. Todas las carpetas. Todos los documentos —Lalita abrió la carpeta y sacó las impresiones—. "Proyectos Históricos". Nombres codificados con iniciales. Documentación detallada de cada relación que ha tenido.

—No es ilegal documentar mi vida personal.

—No —Lalita colocó una de las páginas de la libreta frente a él—. Pero esto es interesante. "Proyecto V.I. iniciado. Sujeto: Valeria Iñiguez." No "mi novia" o "la mujer que amo". Sujeto. Como en un experimento.

Gonzalo miró la página sin tocarla.

—Tengo estilo de escritura personal poco convencional. No es crimen.

—"Tiempo de implementar protocolo de cierre" —Lalita leyó en voz alta —. Escrito tres meses antes de que su esposa muriera. ¿También eso es estilo poco convencional?

—Es metáfora. Cerrar ese capítulo emocional de mi vida.

—¿Metáfora que coincide exactamente con su muerte real?

—Coincidencia desafortunada.

Lalita sacó otra hoja. La descripción del "accidente" de Sandra Vega.

—Y esto. Planificación detallada de cómo causar fallo en frenos de vehículo. Documentación de rutas habituales. Familiaridad con mecánica básica. Todo escrito dos semanas antes de que Sandra Vega muriera en accidente automovilístico por fallo de frenos.

Por primera vez, vio algo genuino cruzar la expresión de Gonzalo. No era miedo o culpa.

Era irritación.

—Esos archivos son privados. Reflexiones personales.

—¿Reflexiones que describen asesinatos con precisión forense?

—Escritura creativa —dijo firmemente—. Exploro escenarios hipotéticos en mi tiempo libre. Es ejercicio intelectual. Nada más.

Lalita se reclinó en su silla y dejó que el silencio se extendiera. Luego, deliberadamente, adoptó tono casi aburrido.

—Sabe, he visto este tipo de documentación antes. En casos mucho menos sofisticados. Criminales que escriben fantasías detalladas sobre sus crímenes. No es particularmente original.

Ahí estaba. Un destello en los ojos de Gonzalo. Indignación apenas contenida.

—¿No original?

—No especialmente. La mayoría de los asesinos que documentan sus crímenes lo hacen de manera similar. Descripciones clínicas, lenguaje desapegado, intento de parecer intelectualmente superior. Es bastante predecible, en realidad.

—Predecible —repitió Gonzalo, y algo en su voz había cambiado. Se había endurecido.

—Además —continuó Lalita, fingiendo revisar sus notas con desinterés —, la planificación que describe aquí no es particularmente brillante.

Sabotaje de frenos es método común. Escenificar suicidio con sobredosis también. He visto docenas de casos similares. Ninguno requería coeficiente intelectual particularmente alto.

Gonzalo se inclinó hacia adelante. Sus manos, que habían estado relajadas sobre la mesa, ahora estaban tensas.

—¿Docenas de casos similares? ¿En serio?

—Mmm-hmm. De hecho, hay un caso del dos mil diecinueve que es casi idéntico a lo que describe en su libreta sobre Valeria. Esposo mató a esposa con sobredosis escenificada. Nota falsificada. También tenía coartada. También pensó que era muy inteligente.

—¿Y qué pasó con él?

—Lo atraparon porque cometió errores obvios. Dejó evidencia forense. Su planificación tenía agujeros. No era tan brillante como pensaba.

Gonzalo la miró fijamente. Lalita pudo ver el conflicto en sus ojos. Sabía que estaba siendo manipulado. Pero su ego no podía tolerar ser comparado con criminales mediocres.

—Ese idiota dejó cabello en la escena —dijo finalmente—. Usó sus propias pastillas prescritas, fácilmente rastreables a él. Y su nota falsificada tenía errores ortográficos que la víctima nunca habría cometido. No es nada como...

Se detuvo.

Pero era demasiado tarde.

—¿No es nada como qué, Gonzalo? —preguntó Lalita suavemente.

Gonzalo cerró la boca. La realización de su desliz cruzó su rostro. Por primera vez, parecía genuinamente descolocado.

—Como lo que está descrito en esos archivos —terminó cuidadosamente.

—¿Cómo sabe que ese caso del dos mil diecinueve tenía esos errores específicos? Nunca fueron publicados. Son detalles internos de la investigación.

—Los leí en algún lugar. No recuerdo dónde.

—No —Lalita negó con la cabeza—. No los leyó. Los sabe porque usted estudia estos casos. Estudia los errores que otros cometen para no cometerlos usted mismo. Por eso su planificación es tan meticulosa. Por eso no dejó cabello, usó pastillas no rastreables, aseguró que la nota fuera perfecta.

Gonzalo la miró durante largo momento. Luego, increíblemente, sonrió.

—Está tratando de hacerme enojar. He de sugerir que mi trabajo es ordinario para que mi ego me empuje a defenderlo. Es técnica manipulativa bastante transparente, doctora Thompson.

—¿Su trabajo?

—Mis escritos —corrigió rápidamente—. Mi trabajo de ficción.

—Pero acabó de referirse a errores específicos que solo el asesino conocería. ¿Cómo explica eso?

—Ya le dije. Los leí.

—¿Dónde?

—No lo recuerdo.

Lalita cambió de dirección abruptamente.

—Hablemos de Sandra Vega.

La máscara de Gonzalo se endureció.

—No tengo nada que decir sobre Sandra.

—¿Por qué documenta tan detalladamente cómo causaría su muerte semanas antes de que muriera exactamente de esa manera?

—Coincidencia.

—¿Coincidencia que tenía acceso exclusivo a su vehículo? ¿Que usted mismo declaró que le daba mantenimiento? ¿Que conocía sus rutas exactas?

—Yo era su pareja. Por supuesto que conocía esas cosas.

—Entonces admite que los archivos son reales. No ficción. Documentación real de relación real.

Gonzalo se quedó en silencio. Había caminado directo a la trampa.

—Los archivos documentan relaciones reales —dijo finalmente, cada palabra medida—. Pero las especulaciones sobre escenarios hipotéticos son solo eso. Especulaciones.

—Especulaciones increíblemente precisas.

—O confirmación selectiva por su parte. Ve lo que quiere ver.

Lalita decidió presionar el punto final.

—Laura Medina me contó sobre su amenaza. Sobre cómo le dijo que destruiría todo lo que le importaba si hablaba sobre usted.

Por primera vez, vio algo cercano a sorpresa real en el rostro de Gonzalo.

—Laura está... —se detuvo—. Laura malinterpretó una conversación privada.

—¿Una conversación donde la amenazó?

—Una conversación donde expresé legítima preocupación sobre cómo falsos rumores podrían afectar mi carrera. Ella lo tomó como amenaza cuando solo era defensa razonable de mi reputación.

—Ella huyó de la ciudad, Gonzalo. Cambió su vida entera por miedo a usted.

—Eso dice más sobre su estabilidad mental que sobre mí.

—Como diría que dice sobre la estabilidad mental de cualquier mujer que lo cuestione —Lalita se inclinó hacia adelante—. Ese es su patrón, ¿verdad? Si una mujer sospecha que algo está mal en usted, inmediatamente la pinta como inestable, paranoica, emocionalmente desequilibrada. Gaslight perfecto.

Gonzalo la estudió con nueva intensidad.

—Sabe, doctora Thompson, he estado siendo cortés con usted. He respondido sus preguntas, tolerado sus acusaciones, participado en su pequeño juego psicológico. Pero creo que es momento de que ambos seamos honestos.

—¿Honestos?

—Usted sabe que lo hice. Yo sé que usted lo sabe. Los fiscales saben que lo hice. Pero no pueden probarlo. Y eso los frustra profundamente, ¿verdad?

El aire en la habitación cambió. Gonzalo había dejado caer toda pretensión.

—¿Sabe qué es lo hermoso de la inteligencia superior, doctora? Que puedes diseñar crimen perfecto. No porque seas invisible, sino porque entiendes el sistema mejor que quienes lo administran. Entiendes qué evidencia buscan, cómo piensan, qué necesitan para condenar. Y puedes construir alrededor de esas limitaciones.

—¿Está confesando?

—Estoy hablando hipotéticamente. Si alguien fuera a cometer crimen perfecto, necesitaría planificación meticulosa. Llevaría meses diseñar cada detalle. La nota escrita por la víctima bajo amenaza creíble pero sin testigos. Las pastillas adquiridas de manera no rastreable. La coartada construida con meses de anticipación, estableciendo patrón de quedarse tarde en oficina. Todo perfectamente orquestado.

Lalita mantuvo su expresión neutral pero su corazón latía aceleradamente. Lo estaba grabando todo.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Porque necesito que alguien entienda. ¿Sabe cuál es el verdadero problema de ser excepcionalmente inteligente? Que vives rodeado de personas que no pueden apreciar la complejidad de lo que logras. Es como ser artista cuya audiencia es ciega. Puedes crear obra maestra, pero nadie puede verla realmente.

—¿Matar a su esposa fue obra maestra?

—Hipotéticamente —remarcó la palabra—, si alguien diseñara crimen perfecto, sería obra maestra de planificación y ejecución. Cada variable considerada. Cada riesgo mitigado. Cada detalle pulido hasta la perfección. No es violencia caótica. Es arquitectura criminal.

—Arquitectura criminal —repitió Lalita.

—Exacto. Yo diseño edificios donde cada línea, cada espacio, cada elemento tiene propósito. Mismo principio aplica a.... cualquier proyecto complejo. Nada es aleatorio. Todo sirve función específica.

—¿Incluido asesinar personas que se vuelven inconvenientes?

Gonzalo sonrió fríamente.

—Incluido resolver problemas de la manera más eficiente posible. Pero por supuesto, esto es todo hipotético. Ejercicio intelectual. ¿No es eso lo que dije que eran mis escritos?

Lalita entendió lo que estaba haciendo. Confesando sin confesar. Diciendo la verdad bajo velo de especulación hipotética. Dándole suficiente para confirmar sus teorías pero nunca lo suficiente para usarlo legalmente.

—¿Por qué juega este juego conmigo, Gonzalo?

—Porque usted es lo suficientemente inteligente para apreciarlo —respondió simplemente—. La mayoría de las personas son tan predecibles. Tan limitadas por sus emociones. Pero usted... usted piensa. Analiza. Entiende complejidad. Es raro encontrar eso.

—No busco su aprobación.

—No —concordó—. Busca mi condena. Pero en el proceso, nos hemos vuelto espejos. Yo estudio cómo usted piensa para anticipar sus movimientos. Usted estudia cómo yo pienso para encontrar mi debilidad. Somos oponentes dignos.

—Esto no es juego.

—Todo es juego, doctora Thompson. La vida es serie de movimientos estratégicos. Algunas personas juegan bien. La mayoría no. Y muy ocasionalmente, encuentras oponente que hace el juego realmente interesante.

Lalita se puso de pie.

—Voy a detenerlo, Gonzalo. No importa cuánto tiempo tome.

—Lo sé que lo intentará —respondió—. Y eso es precisamente lo que lo hace interesante. Espero con ansias ver qué mueve a continuación.

Cuando Lalita salió de la sala, sus manos temblaban ligeramente.

Montes la esperaba en el pasillo.

—¿Lo escuchó todo?

—Cada palabra. ¿Es suficiente?

—Habló hipotéticamente todo el tiempo. Nunca admitió directamente nada —Lalita cerró los ojos—. Pero confirmó conocer detalles que solo el asesino conocería. Y describió metodología exacta. Tiene que ser suficiente.

—Lo presentaré al fiscal.

Mientras caminaban hacia la salida, Lalita no podía sacudirse la sensación de que, aunque había ganado información valiosa, Gonzalo había ganado algo más.

Había ganado lo que realmente buscaba.

Una audiencia que entendiera su genio.

Y eso, de alguna manera, lo hacía más peligroso todavía.

CAPÍTULO 6

La fisura en el espejo

Lalita no fue directamente a su consultorio después de la sesión con Gonzalo. Manejó sin rumbo por la ciudad durante casi una hora, necesitando procesar lo que acababa de presenciar. La confesión velada, la arrogancia apenas contenida, la forma en que Gonzalo había transformado una evaluación psicológica en un juego intelectual donde ambos eran piezas en movimiento.

Finalmente, llamó al Dr. Esteban Villarreal.

—Necesito hablar con usted. Ahora.

—Ven a mi casa —respondió su mentor sin hacer preguntas.

El Dr. Villarreal vivía en una casa antigua en Coyoacán, rodeada de árboles y libros. Cuando Lalita llegó, él ya tenía café preparado y dos sillas colocadas en su estudio.

—Cuéntame —dijo simplemente.

Lalita le relató todo. Las libretas, los archivos digitales, el testimonio de Laura Medina, y finalmente la última sesión donde Gonzalo había confesado "hipotéticamente" mientras describía el crimen como arquitectura.

—Él sabe que lo tengo —terminó—. Sabe que entiendo exactamente lo que hizo. Pero no le importa porque está convencido de que nunca podremos probarlo legalmente.

El Dr. Villarreal escuchó en silencio, con los dedos entrelazados bajo su barbilla. Cuando Lalita terminó, se levantó y caminó hacia su biblioteca. Sacó un libro grueso y lo abrió en una página marcada.

—¿Conoces el caso de Dennis Rader? —preguntó.

—BTK. El asesino de Kansas.

—Exacto. Mató a diez personas durante treinta años. Nunca fue capturado por error de investigación. Fue capturado porque no pudo resistir comunicarse con la policía. Su ego necesitaba reconocimiento. Necesitaba que alguien apreciara lo inteligente que había sido.

—¿A dónde quiere llegar?

—Los narcisistas como Gonzalo tienen debilidad fundamental: necesitan validación externa de su superioridad. No es suficiente ser brillante. Alguien más debe reconocer esa brillantez. Y esa necesidad eventualmente los traiciona.

Lalita pensó en cómo Gonzalo había corregido los "errores" del caso del dos mil diecinueve. Cómo no había podido tolerar ser comparado con criminales mediocres.

—Ya lo presioné una vez con esa técnica. Funcionó parcialmente, pero se dio cuenta de la manipulación.

—Entonces necesitas hacerlo de manera que no pueda detectar —el Dr. Villarreal regresó a su silla—. No lo ataques directamente. Ataca su obra. Minimiza su "arquitectura criminal". Sugiere que tuvo suerte más que habilidad. Que cualquier persona razonablemente inteligente podría haber hecho lo mismo.

—¿Y cree que eso lo empujará a explicar lo contrario?

—No solo eso. Lo empujará a demostrar por qué fue excepcional. Y al demostrar, tendrá que proporcionar detalles que solo el asesino conoce.

Lalita tomó su café, pensando.

—Hay un problema. Ya usé esa estrategia una vez. Si lo intento de nuevo, sabrá exactamente qué estoy haciendo.

—Entonces no lo hagas tú —el Dr. Villarreal sonrió ligeramente—. Hazlo a través de alguien más. Alguien que él considere lo suficientemente importante como para impresionar.

—¿Quién?

—Yo. O mejor aún, un panel de expertos. Criminólogos, psiquiatras forenses, otros profesionales de alto nivel. Personas cuya opinión realmente le importaría.

Lalita se enderezó en su silla.

—Una evaluación grupal.

—Exacto. Le dices que queremos estudiarlo para investigación académica sobre cognición criminal en individuos de alto CI. Le das audiencia de expertos que puedan apreciar la complejidad de su mente. Y en ese contexto, donde se siente seguro y admirado, lo empujas a explicar cómo funcionan sus procesos mentales.

—Usando el caso de Valeria como ejemplo.

—Usando "casos hipotéticos" como ejemplos. Le permites hablar en tercera persona, mantener su velo de denegación plausible. Pero lo haces proporcionar tantos detalles específicos que se vuelva imposible argumentar que es ficción.

Lalita sintió la primera chispa de esperanza real en días.

—¿Participaría en algo así?

—Por supuesto. Y conozco otros dos especialistas que también lo harían. Un criminólogo de Estados Unidos que estudia psicopatía de alto funcionamiento, y una psiquiatra forense de España que ha publicado extensamente sobre narcisismo patológico.

—¿Y el Fiscal Salazar aprobaría esto?

—Si le presentas como oportunidad de obtener confesión grabada, aunque sea velada, ¿por qué no lo haría?

Lalita pasó la siguiente hora diseñando la estrategia con su mentor. Cada pregunta que harían, cada punto que tocarían, cada momento donde permitirían que el ego de Gonzalo llenara los espacios vacíos con detalles incriminatorios.

—Pero hay algo más que necesitas entender, Lalita —dijo el Dr. Villarreal cuando ya estaba por irse—. Este proceso va a cambiar algo en ti.

—¿Qué quiere decir?

—Para atrapar a alguien como Gonzalo, tienes que entrar en su mente. Tienes que pensar como él piensa, anticipar como él anticipa. Y cuando pasas suficiente tiempo en la oscuridad, parte de esa oscuridad se queda contigo.

—Puedo manejarlo.

—No estoy diciendo que no puedas. Estoy diciendo que tiene precio. He visto a muchos profesionales enfrentar casos como este. Los mejores son quienes logran mantener distancia emocional. Pero incluso ellos salen marcados —hizo una pausa—. No humanices a Gonzalo. No busques explicación para lo que es. Solo documenta el patrón. Y cuando termine, aléjate.

—¿Alejarse?

—Toma tiempo libre. Habla con un terapeuta. Procesa lo que viviste. Porque lo que estás enfrentando no es criminal ordinario. Es depredador intelectual que disfruta jugar con mentes ajenas. Y ya te eligió como oponente digna. Eso significa que va a intentar dejarte marca permanente.

Lalita quiso argumentar que podía manejarlo, que era profesional experimentada. Pero algo en la expresión de su mentor la detuvo. Él había hecho este trabajo durante treinta años. Sabía de lo que hablaba.

—Tendré cuidado —prometió.

—No —corrigió el Dr. Villarreal—. Ten más que cuidado. Ten claridad absoluta sobre tus límites. Y cuando sientas que estás comenzando a pensar como él, cuando empieces a ver el mundo con su lógica, detente inmediatamente. Esa es la línea que no puedes cruzar.

Esa noche, Lalita se reunió con el Fiscal Salazar y la Detective Montes en la oficina del fiscal. Les presentó la propuesta.

—Un panel de evaluación grupal —Salazar frunció el ceño—. ¿No es poco convencional?

—Completamente poco convencional —admitió Lalita—. Pero Gonzalo es poco convencional. Los métodos estándar no funcionarán con él.

—¿Y crees que se prestará para esto?

—Estoy segura. Su ego no podrá resistir la oportunidad de ser estudiado por expertos internacionales. Es exactamente el tipo de validación que busca.

Montes intervino.

—¿Qué pasa si detecta la trampa? Si se da cuenta de que estamos tratando de hacerlo confesar, cerrará completamente. Conseguirá abogado que bloqueará todo acceso futuro.

—Por eso tiene que parecer completamente académico —explicó Lalita —. Sin fiscales presentes, sin detectives en la sala. Solo psicólogos y criminólogos haciendo investigación. Le daremos la ilusión de control y seguridad. Y en ese ambiente, hablará.

—¿Sobre qué exactamente?

—Sobre cómo funcionaría hipotéticamente la mente de alguien capaz de cometer crimen perfecto. Sobre los procesos de planificación, las consideraciones éticas, las justificaciones intelectuales. Todo enmarcado como discusión académica sobre cognición criminal.

Salazar se reclinó en su silla, pensando.

—Si funciona, es brillante. Si falla, perdemos nuestra única oportunidad.

—Es el único camino que tenemos —dijo Lalita—. La evidencia física no es suficiente. Los testimonios son circunstanciales. Necesitamos que él mismo se incrimine. Y la única forma de lograrlo es darle lo que realmente quiere.

—¿Qué quiere?

—Reconocimiento. Admiración por su intelecto. Una audiencia que entienda la magnitud de lo que logró.

—¿Aunque ese reconocimiento lo mande a prisión?

Lalita pensó en la última sesión, en cómo Gonzalo había sonreído mientras describía su crimen como obra maestra.

—Para él, el reconocimiento vale más que la libertad. Preferiría estar en prisión siendo admirado que libre siendo considerado ordinario.

Montes silbó suavemente.

—Eso es profundamente perturbado.

—Bienvenida a la mente de un psicópata narcisista de alto funcionamiento —respondió Lalita.

Salazar finalmente asintió.

—Tienen luz verde. Organicen el panel. Pero graben cada segundo. Y necesito revisar cada pregunta que planean hacer antes de la sesión.

Durante los siguientes tres días, Lalita coordinó todo. El Dr. Villarreal contactó al criminólogo estadounidense, el Dr. Marcus Chen, y a la psiquiatra española, la Dra. Isabel Moreno. Ambos aceptaron participar vía videoconferencia, fascinados por la oportunidad de evaluar a psicópata primario con coeficiente intelectual documentado de ciento cincuenta y seis.

Lalita preparó el guion con cuidado. No era interrogatorio. Era conversación académica sofisticada sobre naturaleza de criminalidad inteligente. Cada pregunta diseñada para sonar como curiosidad intelectual genuina, no como trampa legal.

El cuarto día, presentaron la propuesta a Gonzalo.

Lalita entró a la sala de entrevistas con carpeta que contenía cartas de presentación de los tres expertos internacionales, descripción del proyecto de investigación, y formulario de consentimiento.

—Gonzalo, tengo propuesta inusual para usted.

Él levantó una ceja, interesado.

—Soy todo oídos.

—Un grupo de investigadores internacionales está estudiando cognición criminal en individuos con inteligencia superior. Perfiles psicológicos, procesos de toma de decisiones, razonamiento ético alternativo. Están particularmente interesados en casos donde alta inteligencia intersecta con patrones de comportamiento poco convencionales.

—¿Me están pidiendo que sea su rata de laboratorio?

—Le están pidiendo que contribuya a investigación científica seria. Serían cuatro horas de entrevista con panel de expertos: dos criminólogos y una psiquiatra forense. Todos reconocidos internacionalmente en sus campos.

Gonzalo tomó la carpeta y comenzó a leer. Lalita observó cómo sus ojos se movían sobre las credenciales de los expertos. Dr. Marcus Chen, profesor en Stanford. Dra. Isabel Moreno, jefa de psiquiatría forense en Madrid.

—Investigadores legítimos —murmuró.

—Completamente legítimos. Y completamente interesados en entender cómo funciona su mente.

—¿Por qué yo específicamente?

—Porque su perfil es extremadamente raro. Psicopatía primaria con coeficiente intelectual en rango de genio, sin historial de comportamiento violento impulsivo, capaz de mantener apariencia de absoluta normalidad durante décadas. Es caso de estudio ideal.

Gonzalo sonrió lentamente.

—Están diciendo que soy fascinante.

—Están diciendo que es único.

Él siguió leyendo, y Lalita podía ver las ruedas girando en su mente. Evaluando riesgos, considerando beneficios, buscando el ángulo.

—¿Esto es parte de la evaluación forense oficial?

—Es separado. Investigación académica pura. Los resultados serán publicados en journals científicos, pero con su identidad protegida por confidencialidad. No hay implicaciones legales directas.

Esa era verdad técnica. No había implicaciones legales directas. Pero cualquier cosa que dijera durante la sesión podía ser usada como evidencia corroborativa.

—¿Y si me niego?

—Entonces continúo con evaluación estándar. Pero esto sería oportunidad única de contribuir al entendimiento científico de cognición excepcional.

Gonzalo la miró directamente a los ojos.

—¿Usted estará ahí?

—Sí. Como facilitadora.

—Entonces acepto.

Lalita sintió simultáneamente triunfo y aprensión. Había picado el anzuelo. Pero ahora venía la parte difícil: hacer que el anzuelo penetrara lo suficientemente profundo como para que no pudiera escapar.

—Excelente. La sesión será en tres días. Le enviaré los detalles.

Cuando salió de la sala, Montes la esperaba con expresión tensa.

—¿Aceptó?

—Aceptó.

—¿Sospecha algo?

Lalita pensó en la pregunta de Gonzalo sobre si ella estaría presente. En cómo la había mirado cuando aceptó.

—Probablemente. Es demasiado inteligente para no sospechar. Pero su ego es más grande que su cautela. Y eso es todo lo que necesitamos.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Lalita.

—Yo también —respondió honestamente.

Porque estaba a punto de darle a Gonzalo Iñiguez exactamente lo que quería: una audiencia que apreciara su genio.

Y esperaba que ese mismo genio fuera lo que finalmente lo condenara.

CAPÍTULO 7

El experimento de la vanidad

La sala de conferencias había sido preparada meticulosamente. Una mesa larga de caoba, sillas cómodas, iluminación suave que no parecía institucional. Lalita había insistido en que el ambiente se sintiera académico, no carcelario. Dos pantallas grandes mostraban las videoconferencias del Dr. Marcus Chen desde Stanford y la Dra. Isabel Moreno desde Madrid. El Dr. Villarreal estaba presente físicamente, sentado junto a Lalita.

Tres cámaras discretas capturaban cada ángulo. En la sala de observación adyacente, el Fiscal Salazar y la Detective Montes observaban a través del espejo unidireccional.

Cuando trajeron a Gonzalo, venía con postura diferente. No el uniforme naranja de prisión preventiva, sino ropa civil que Lalita había autorizado especialmente para la sesión: pantalón de vestir gris, camisa blanca, sin corbata pero presentable. Pequeño detalle psicológico que lo haría sentirse más como participante que como prisionero.

Gonzalo entró y observó el montaje con apreciación visible.

—Impresionante —comentó—. Mucho más civilizado que las salas de interrogatorio habituales.

—Esto no es interrogatorio —respondió Lalita—. Es investigación. Tome asiento.

Gonzalo se sentó y estudió las pantallas donde los expertos ya estaban conectados. El Dr. Chen era un hombre asiático-americano de unos cincuenta años con expresión seria e inteligente. La Dra. Moreno era una mujer de sesenta años con cabello plateado recogido y mirada penetrante.

—Señor Iñiguez —comenzó el Dr. Chen—, le agradecemos su disposición para participar en este estudio. Como le explicó la Dra. Thompson, estamos investigando procesos cognitivos en individuos con inteligencia excepcional que presentan patrones de razonamiento ético no convencionales.

—Es un honor contribuir —respondió Gonzalo con sinceridad aparente.

—Comencemos estableciendo su perfil base —la Dra. Moreno consultó sus notas—. Coeficiente intelectual documentado de ciento cincuenta y seis. Puntaje de treinta y ocho en escala PCL-R. Sin historial de comportamiento violento impulsivo. ¿Correcto?

—Correcto.

—Fascinante —el Dr. Chen se inclinó hacia su cámara—. La mayoría de los individuos con puntajes similares en PCL-R muestran patrones de comportamiento errático. Usted, sin embargo, mantuvo fachada completamente funcional durante décadas. ¿Cómo lo logró?

Gonzalo sonrió ligeramente.

—Observación y adaptación. Desde edad temprana entendí que era diferente. No sentía las cosas que otros decían sentir. Pero también entendí que expresar esa diferencia tendría consecuencias sociales negativas. Entonces aprendí a imitar.

—¿Imitar emociones que no sentía?

—Exacto. Como actor estudiando papel. Observé cómo las personas expresaban tristeza, alegría, amor, culpa. Y repliqué esos patrones externamente cuando era socialmente apropiado.

La Dra. Moreno anotaba rápidamente.

—Eso requiere metacognición excepcional. Conciencia de su propia diferencia y capacidad de controlarla.

—Siempre he sido consciente de mí mismo —Gonzalo parecía relajarse —. La mayoría de las personas viven en piloto automático emocional. Yo vivo completamente despierto. Es liberador, en realidad.

El Dr. Villarreal intervino por primera vez.

—¿Liberador en qué sentido?

—En el sentido de que no estoy atado por culpa, miedo, amor, u otras emociones que limitan toma de decisiones racional. Puedo evaluar situaciones objetivamente y actuar de la manera más eficiente.

—Incluyendo situaciones donde la "manera más eficiente" podría dañar a otros —sugirió el Dr. Chen.

—Incluyendo cualquier situación —Gonzalo no vaciló—. El concepto de "daño" es subjetivo. Lo que una persona considera dañino, otra podría considerar necesario.

Lalita observaba el intercambio cuidadosamente. Gonzalo estaba cómodo, confiado. Era momento de comenzar a estrechar el cerco.

—Hablemos de planificación —dijo—. En su profesión como arquitecto, usted diseña estructuras complejas. ¿Aplicaría los mismos principios de diseño a otros aspectos de su vida?

Los ojos de Gonzalo brillaron.

—Absolutamente. La arquitectura es fundamentalmente sobre control. Control de espacio, de luz, de movimiento humano. Los mismos principios aplican a cualquier proyecto que requiera planificación meticulosa.

—¿Cualquier proyecto? —presionó la Dra. Moreno—. ¿Incluidas relaciones personales?

—Especialmente relaciones personales. Las personas son más complejas que edificios, pero también más predecibles una vez que entiendes sus patrones.

—Entiendo que documentaba sus relaciones con considerable detalle —comentó el Dr. Chen.

—Lo hacía. Y lo hago. Es parte de cómo proceso información. Observo, documento, analizo.

—¿Incluida documentación sobre cómo terminar esas relaciones? —preguntó el Dr. Villarreal.

Gonzalo pausó, evaluando.

—Las terminaciones son parte importante de cualquier proyecto. En arquitectura, necesitas plan de cierre cuando edificio alcanza fin de vida útil. Con relaciones, es similar.

—Describe relaciones como "proyectos" —notó Lalita—. Término interesante.

—Es término preciso. Toda relación tiene inicio, desarrollo, y eventual conclusión. Llamarlas proyectos simplemente reconoce esa realidad temporal.

El Dr. Chen cambió de dirección.

—Hablemos hipotéticamente. Si alguien con su perfil cognitivo decidiera cometer acto criminal, ¿cómo lo abordaría?

—Hipotéticamente —Gonzalo remarcó la palabra—, alguien con inteligencia superior y carencia de inhibiciones emocionales tendría ventaja significativa. Podría planificar sin ser paralizado por culpa anticipatoria. Podría ejecutar sin vacilar por empatía. Y podría observar resultados sin remordimiento retrospectivo.

—¿Y la planificación específica? —insistió la Dra. Moreno—. ¿Qué factores consideraría?

Gonzalo se inclinó hacia adelante, claramente disfrutando la discusión.

—Primero, objetivo claro. ¿Qué necesita lograrse? Segundo, análisis de riesgos. ¿Qué evidencia podría vincular acción a actor? Tercero, construcción de coartada. ¿Cómo establecer imposibilidad aparente? Cuarto, control de escena. ¿Cómo asegurar que la narrativa preferida sea la más obvia?

—Esos son principios bastante específicos —observó el Dr. Villarreal.

—Son principios lógicos que cualquier persona inteligente consideraría.

—¿Y cómo aplicaría esos principios, digamos, a un caso hipotético de homicidio? —preguntó el Dr. Chen.

Gonzalo sonrió. Sabía exactamente qué estaban haciendo, pero su ego era más fuerte que su cautela.

—Hipotéticamente, si alguien necesitara remover obstáculo humano, la metodología óptima dependería de variables específicas. Si el objetivo es persona cercana, como pareja, el suicidio escenificado ofrece ventajas. Familiaridad con comportamientos y rutinas de la víctima. Acceso a espacio privado. Habilidad de controlar narrativa inicial.

—Específicamente, ¿cómo se escenificaría un suicidio convincente? —presionó Lalita.

—La clave es autenticidad —Gonzalo estaba completamente absorto en la discusión académica—. No puede parecer escenificado. Entonces usarías método que la víctima plausiblemente elegiría. Sobredosis, por ejemplo, es común. Pero necesitas varios elementos: las sustancias correctas, adquiridas sin rastro hacia ti. Una nota en la letra real de la víctima, lo que requiere coerción sin testigos. Y tiempo de muerte que coincida con coartada sólida del perpetrador.

—¿Cómo lograría la nota? —preguntó la Dra. Moreno.

—Amenaza creíble bajo circunstancias privadas. La víctima escribe voluntariamente para evitar amenaza inmediata mayor. El análisis grafológico confirmará que es su letra, porque lo es. Los micro temblores en el trazo podrían indicar coerción, pero sin testigos de esa coerción, es evidencia circunstancial.

El Dr. Chen y la Dra. Moreno intercambiaron miradas significativas a través de las pantallas.

—Y la coartada —continuó el Dr. Chen—, ¿cómo se construiría una que fuera verdaderamente sólida?

—Estableciendo patrón de comportamiento meses antes del evento —Gonzalo gesticulaba mientras hablaba—. Si rutinariamente te quedas tarde en oficina, las cámaras de seguridad documentan ese patrón. La noche crucial, haces lo mismo. Entras en tu horario usual, apareces en cámaras periódicamente, sales en tu horario usual. Matemáticamente imposible estar en dos lugares al mismo tiempo.

—¿Pero cómo estarías en dos lugares? —preguntó Lalita, fingiendo confusión.

Gonzalo la miró, y por un momento Lalita vio irritación en sus ojos. Irritación de que no estuviera siguiendo lógica obvia.

—No estarías. Ese es el punto. El evento ocurriría antes de que aparecieras en las cámaras. Digamos, entre las ocho y las diez de la noche. Pero las cámaras te muestran en oficina desde las seis hasta las once. Entonces el forense ubica tiempo de muerte en ventana donde aparentemente no pudiste estar presente.

—Pero acabas de decir que el evento ocurriría antes de las seis —presionó la Dra. Moreno.

Gonzalo se detuvo. Realización cruzó su rostro.

—Hablando hipotéticamente —se corrigió rápidamente—. Un perpetrador hipotético causaría el evento temprano, luego establecería coartada posterior que aparentemente cubriría tiempo de muerte.

—¿Y eso funcionaría? —preguntó el Dr. Villarreal.

—Perfectamente. Si las sustancias toman tiempo en hacer efecto completo, puedes administrarlas temprano, asegurar que la víctima no pueda pedir ayuda, y luego irte a establecer coartada. Cuando alguien finalmente encuentra el cuerpo, el forense estima tiempo de muerte basado en rigor mortis y temperatura, que naturalmente variarán del momento real de administración.

—Eso requeriría conocimiento específico sobre farmacología —observó el Dr. Chen.

—Requeriría investigación —Gonzalo concordó—. Pero esa información está disponible. Combinación correcta de benzodiacepinas y alcohol, dosificación apropiada para peso corporal, tiempo estimado hasta pérdida de conciencia versus muerte real. Todo documentado en literatura médica.

—Describe esto con notable detalle —comentó la Dra. Moreno.

—Es ejercicio intelectual interesante. Como resolver rompecabezas complejo.

—¿Solo rompecabezas? —Lalita se inclinó hacia adelante—. ¿O aplicación práctica?

Gonzalo la miró durante largo momento.

—Doctora Thompson, ¿está preguntando si esto es confesión?

—Estoy preguntando si habla desde experiencia práctica o especulación teórica.

—Hablo desde entendimiento de cómo funcionaría hipotéticamente un plan óptimo. Si eso coincide con algún evento real, es porque la lógica dicta ciertos pasos necesarios.

El Dr. Chen intervino.

—Mencionó dosificación específica de benzodiacepinas. ¿Cómo sabría la dosificación correcta?

—Investigación básica. Cualquier persona con acceso a internet podría calcularlo.

—Pero también mencionó que las pastillas debían ser no rastreables al perpetrador —agregó la Dra. Moreno—. ¿Cómo se adquirirían?

—Mercado negro. Prescripciones falsificadas. Múltiples métodos dependiendo de recursos disponibles.

—En el caso hipotético que está describiendo —dijo el Dr. Villarreal cuidadosamente—, ¿diría que requeriría meses de planificación?

—Mínimo tres meses —respondió Gonzalo sin vacilación—. Establecer patrón de comportamiento para coartada. Adquirir sustancias sin rastro. Estudiar rutinas de la víctima. Preparar metodología de coerción para la nota. Cada elemento requiere tiempo y cuidado.

—Tres meses —repitió Lalita—. Curiosamente específico.

Gonzalo la miró, y esta vez ella vio el momento exacto en que él reconoció la trampa. Pero era demasiado tarde. Ya había dado los detalles.

—Es estimación lógica basada en complejidad de las variables —dijo firmemente.

—Por supuesto —el Dr. Chen consultó sus notas—. Una última pregunta. En este escenario hipotético, ¿qué motivaría a alguien a tomar acción tan extrema?

—Eficiencia —respondió Gonzalo—. Si una relación ha dejado de ser útil y se ha convertido en riesgo potencial, la solución más eficiente es terminación permanente. No por emoción, sino por lógica pura.

—¿Terminación permanente? —repitió la Dra. Moreno—. ¿No divorcio o separación?

—Esas opciones dejan variables descontroladas. Posibilidad de que la otra persona revele información sensible. Disputas financieras. Drama social continuo. La terminación permanente cierra todos esos vectores de riesgo simultáneamente.

El silencio en la sala era absoluto.

Gonzalo parecía darse cuenta de lo que había dicho. De cómo había descrito asesinato como "solución eficiente" a problema de relación.

—Hipotéticamente —agregó rápidamente.

—Por supuesto —dijo Lalita—. Hipotéticamente.

La sesión continuó durante otra hora, pero el daño estaba hecho. Gonzalo había proporcionado descripción completa de cómo planificar y ejecutar asesinato perfecto. Había mencionado cronología específica, metodología detallada, y justificación lógica. Todo bajo velo de discusión hipotética.

Pero había cometido error crucial: había mencionado detalles que solo el asesino de Valeria conocería. El tiempo exacto de administración versus tiempo de muerte. Los tres meses de planificación que coincidían perfectamente con las entradas en su libreta. La frase "terminación permanente" que aparecía textualmente en sus archivos digitales.

Cuando la sesión terminó, Gonzalo se puso de pie.

—Ha sido conversación fascinante. Espero haber contribuido útilmente a su investigación.

—Ha sido extraordinariamente útil —respondió el Dr. Chen sinceramente.

Cuando Gonzalo salió escoltado, los cuatro expertos se miraron entre sí.

—Lo tenemos —dijo la Dra. Moreno.

—No solo tenemos confesión velada —agregó el Dr. Villarreal—. Tenemos demostración de su proceso mental completo. Cómo piensa, cómo planifica, cómo justifica.

Lalita no dijo nada. Miraba la puerta por donde Gonzalo había salido.

Habían ganado.

Pero mientras observaba la grabación reproducirse en uno de los monitores, mientras veía cómo Gonzalo describía asesinato con la misma pasión que un arquitecto describiendo edificio favorito, entendió algo perturbador.

Para Gonzalo, esto no era derrota.

Era validación final.

Finalmente había encontrado audiencia que entendiera la complejidad de su mente.

Y ese reconocimiento, incluso si lo mandaba a prisión por resto de su vida, era exactamente lo que siempre había querido.

CAPÍTULO 8

El precio de la verdad

Lalita no fue directamente a casa después de la sesión del panel. Se quedó en su consultorio hasta después de medianoche, revisando la grabación una y otra vez. Cada palabra que Gonzalo había dicho, cada detalle que había proporcionado, cada momento donde su ego había superado su cautela.

Tenían suficiente. El Fiscal Salazar había llamado eufórico, hablando de presentar cargos formales, de cómo ningún jurado razonable podría escuchar esa grabación y no ver la confesión implícita.

Pero Lalita no sentía euforia.

Sentía agotamiento.

Y algo más oscuro que no podía nombrar todavía.

Eran las dos de la mañana cuando finalmente guardó todo y se dirigió a su auto. El estacionamiento estaba vacío, iluminado solo por luces de seguridad que proyectaban sombras largas y distorsionadas. Cuando subió al auto y cerró la puerta, se quedó sentada en silencio por varios minutos.

Su teléfono vibró. Mensaje de Zoé, su mejor amiga.

"Lali, hace días que no sé de ti. ¿Estás bien? Llámame."

Lalita miró el mensaje pero no respondió. ¿Cómo explicarle a Zoé lo que había estado haciendo? ¿Cómo describir las horas pasadas dentro de la mente de un psicópata, aprendiendo cómo pensaba, anticipando sus movimientos, diseñando trampas psicológicas?

¿Cómo admitir que parte de ella entendía su lógica?

Cerró los ojos con fuerza. Eso era lo que la aterrorizaba. Que después de semanas estudiando a Gonzalo, escuchándolo, analizándolo, había

comenzado a ver el mundo parcialmente como él lo veía. Donde las personas eran variables en ecuaciones. Donde las relaciones tenían análisis de costo-beneficio. Donde la eficiencia importaba más que la compasión.

Su teléfono vibró de nuevo. Esta vez era el Dr. Villarreal.

"¿Estás despierta?"

"Sí."

"Ven a mi casa. Ahora."

Veinte minutos después, Lalita estaba sentada en el estudio de su mentor con una taza de té caliente que no había tocado. El Dr. Villarreal la observaba con preocupación.

—No has dormido bien en semanas —no era pregunta.

—He dormido suficiente.

—Lalita, te conozco desde que eras estudiante. Sé reconocer cuando alguien está al borde.

—Estoy bien.

—No, no lo estás —su voz era firme pero amable—. Has estado dentro de la cabeza de Gonzalo durante tanto tiempo que estás empezando a pensar como él. Y eso es exactamente lo que te advertí que no hicieras.

Lalita quiso negarlo, pero las palabras no salieron. En su lugar, sintió algo quebrarse dentro de ella. Lágrimas que no había permitido derramar en semanas comenzaron a caer.

—No puedo sacarlo de mi mente —susurró—. Cierro los ojos y lo veo. Escucho su voz explicando cómo las emociones son ineficientes. Cómo la culpa es limitación evolutiva. Y lo peor es que parte de mí... parte de mí entiende la lógica.

—Por supuesto que la entiendes —el Dr. Villarreal se inclinó hacia adelante—. Eres inteligente. Puedes seguir cualquier cadena de razonamiento hasta su conclusión lógica. Pero entender la lógica no significa aceptarla como verdad.

—¿Cómo lo separo? ¿Cómo dejo de pensar en sus términos?

—Primero, reconociendo que lo que estás experimentando es trauma vicario. Has estado expuesta a maldad pura durante semanas. Eso deja marca. Segundo, recordando por qué hiciste esto. No por curiosidad intelectual. Por Valeria. Por Sandra. Por las mujeres que podrían ser sus próximas víctimas.

—Ya lo atrapamos. Tenemos la evidencia.

—Exacto. Tu trabajo está hecho. Ahora necesitas alejarte.

—No puedo. Todavía queda el juicio. Tendré que testificar.

—Eso será en meses. Tienes tiempo para recuperarte primero —hizo una pausa—. Lalita, ¿has pensado en hablar con un terapeuta?

—Yo soy terapeuta.

—Por eso mismo necesitas uno. Los cirujanos no operan sus propios tumores.

Lalita guardó silencio. Sabía que tenía razón. Pero admitir que necesitaba ayuda se sentía como admitir debilidad.

—¿Qué pasa si no puedo volver a ser la que era antes? —preguntó finalmente.

—No vas a volver a ser la que eras antes —respondió su mentor honestamente—. Nadie sale igual después de enfrentar algo como esto. Pero puedes ser alguien más fuerte. Alguien que entiende la oscuridad pero elige la luz de todas formas.

—¿Y si la oscuridad ya está adentro?

—La oscuridad siempre ha estado adentro de todos nosotros, Lalita. La diferencia entre nosotros y Gonzalo no es que nosotros no tengamos capacidad para la crueldad. Es que elegimos activamente no ejercerla. Esa elección es lo que nos hace humanos.

Esa noche, Lalita durmió en el sofá del Dr. Villarreal. Fue la primera vez en semanas que durmió más de cuatro horas seguidas.

A la mañana siguiente, recibió llamada de Marcela Iñiguez, la hermana de Valeria. Habían hablado brevemente al inicio del caso, pero Lalita había mantenido distancia para no contaminar la investigación.

—Doctora Thompson, acabo de enterarme. Van a acusarlo formalmente. Gracias a usted.

—Fue trabajo de equipo.

—No —la voz de Marcela se quebró—. Fue usted quien no se rindió. Quien entró en la mente de ese monstruo y encontró la forma de hacerlo confesar. Mi hermana... mi hermana finalmente tendrá justicia.

Después de colgar, Lalita se quedó mirando el teléfono. Justicia. La palabra sonaba extraña ahora. Como concepto abstracto que había perdido significado real después de semanas navegando la lógica retorcida de Gonzalo.

Pero Marcela la había traído de vuelta a lo fundamental: una mujer inocente había sido asesinada por el hombre que juró amarla. Y ese hombre necesitaba pagar por lo que hizo.

Eso era justicia. Simple. Clara. Real.

Tres días después, Lalita recibió carta de la prisión. Gonzalo había solicitado una última sesión antes del juicio. El Fiscal Salazar dijo que era su derecho, pero que ella no tenía obligación de aceptar.

Lalita aceptó.

No porque quisiera. Sino porque necesitaba cerrarlo. Necesitaba mirarlo a los ojos una última vez y recordarse por qué había hecho todo esto.

La sala de entrevistas se sentía diferente ahora. Más pequeña, más opresiva. O tal vez era Lalita quien había cambiado.

Gonzalo entró con expresión serena. Se sentó y la estudió por largo momento antes de hablar.

—Se ve cansada, doctora Thompson.

—Estoy bien.

—No, no lo está —sonrió ligeramente—. Este caso la ha consumido. Puedo verlo en sus ojos. En la forma en que sostiene sus hombros. En cómo evita mi mirada directa ahora cuando antes no lo hacía.

—¿Para qué me pidió venir?

—Para agradecerle.

Lalita lo miró, sorprendida.

—¿Agradecerme?

—Por darme lo que necesitaba. Una audiencia que entendiera. Expertos que apreciaran la complejidad de mi mente. Esa sesión del panel fue... satisfactoria de maneras que no había anticipado.

—Esa sesión lo va a condenar.

—Lo sé —asintió—. Pero no me importa. ¿Entiende? Durante años viví rodeado de personas que no podían ver lo que realmente era. Que me consideraban simplemente exitoso, encantador, normal. Nadie veía la arquitectura bajo la superficie. Nadie apreciaba el diseño.

—¿Y ahora?

—Ahora alguien lo ve. Usted lo ve. Esos expertos lo vieron. Y eso vale más que la libertad.

Lalita sintió náuseas.

—Está enfermo.

—Estoy diferente. Y esa diferencia es lo que me hizo excepcional. Pasaré el resto de mi vida en prisión, sí. Pero lo haré sabiendo que al menos una persona entendió completamente lo que logré.

—No logró nada excepto destruir vidas inocentes.

—¿Inocentes? —Gonzalo se inclinó hacia adelante—. Doctora Thompson, nadie es completamente inocente. Valeria tenía sus propios secretos, sus propias manipulaciones. La diferencia es que yo era mejor en el juego.

—Esto no es juego.

—Todo es juego. Y algunos de nosotros jugamos mejor que otros —hizo una pausa—. ¿Sabe qué es lo más interesante? Usted tuvo que convertirse un poco como yo para atraparme. Tuvo que pensar estratégicamente, manipular situaciones, diseñar trampas psicológicas. Tuvo que suprimir su empatía el tiempo suficiente para ser eficiente.

—No soy nada como usted.

—¿No? —sonrió—. Entonces, ¿por qué está aquí? ¿Por qué aceptó esta última sesión cuando no tiene obligación profesional de hacerlo? ¿Qué espera ganar?

Lalita no tenía respuesta. Porque él tenía razón. Parte de ella había venido por curiosidad. Por necesidad de entender completamente. Por el mismo impulso que probablemente había llevado a Gonzalo a documentar sus crímenes.

—Vine a cerrar el caso —dijo finalmente.

—No —Gonzalo negó con la cabeza—. Vino porque no puede dejarlo ir. Porque he tomado residencia en su mente tanto como usted tomó residencia en la mía. Somos espejos, doctora Thompson. Y los espejos no pueden mirarse sin reflejarse mutuamente.

—Esta conversación terminó —Lalita se puso de pie.

—Una última cosa —Gonzalo habló antes de que ella llegara a la puerta —. En unos años, cuando este caso sea memoria distante, cuando haya evaluado a docenas de otros criminales, seguirá pensando en mí. Seguirá preguntándose si realmente me entiende o si solo vio lo que permití que viera. Y esa duda, esa pequeña grieta en su certeza, es mi verdadero legado.

Lalita salió sin responder.

En el pasillo, la Detective Montes la esperaba.

—¿Cómo estuvo?

—Como esperaba —mintió Lalita.

Esa noche, en su consultorio, Lalita escribió email a la terapeuta que el Dr. Villarreal le había recomendado.

"Necesito ayuda para procesar un caso. ¿Tiene disponibilidad?"

La respuesta llegó en minutos.

"Sí. ¿Qué tal mañana a las diez?"

Lalita aceptó.

Porque Gonzalo tenía razón en una cosa: este caso la había cambiado. Había entrado en la oscuridad y había traído de vuelta evidencia. Pero parte de esa oscuridad se había quedado con ella.

Y necesitaba aprender cómo vivir con eso.

Cómo seguir siendo humana después de entender íntimamente cómo piensa alguien que no lo es.

Cómo elegir la empatía después de ver cuán "eficiente" puede ser carecer de ella.

Esa noche soñó con espejos rotos.

Cada fragmento reflejaba una versión diferente de ella misma.

Y en todos ellos, Gonzalo estaba de pie detrás, sonriendo.

Porque había ganado algo más valioso que la libertad.

Había dejado marca permanente en la única persona que lo había entendido completamente.

Y esa marca nunca desaparecería del todo.

CAPÍTULO 9

El teatro del crimen

El juicio comenzó tres meses después. Lalita había pasado ese tiempo en terapia semanal, reconstruyendo los límites que el caso había erosionado. Había tomado vacaciones. Había pasado tiempo con Zoé, viendo películas ligeras y evitando cualquier conversación sobre psicología criminal. Había intentado, con éxito variable, dejar de escuchar la voz de Gonzalo en su mente.

Pero ahora estaba de vuelta. En la sala del tribunal, rodeada de periodistas, familiares de Valeria, y curiosos mórbidos atraídos por el caso del "arquitecto asesino" como lo habían bautizado los medios.

Gonzalo entró con traje gris perfectamente cortado, camisa blanca, corbata azul oscuro. Parecía más un consultor exitoso que un acusado de asesinato. Se movía con la misma confianza que siempre, saludando a su equipo de defensa con gestos tranquilos.

Cuando sus ojos encontraron a Lalita en la sección de testigos, sonrió ligeramente. Un reconocimiento. Un recordatorio de su último encuentro.

Lalita no devolvió la sonrisa.

El Fiscal Salazar abrió con declaración poderosa. Describió a Valeria Iñiguez como mujer vibrante, talentosa, amada por muchos. Describió su muerte como asesinato meticulosamente planeado, disfrazado de suicidio. Y describió a Gonzalo como depredador calculador que había documentado sus crímenes con orgullo psicopático.

—La defensa argumentará que mi cliente es diferente, que piensa diferente, que sus escritos son meramente creativos —dijo Salazar—. Pero lo que probaremos es que esa diferencia no lo exime. Lo condena. Porque usó su inteligencia excepcional no para construir, sino para destruir. No para crear, sino para matar.

El abogado defensor, un hombre de sesenta años llamado Maestro Rodrigo Ibarra, respondió con argumento igualmente preparado.

—Gonzalo Iñiguez es hombre brillante con forma poco convencional de procesar el mundo. Sus escritos personales son reflexiones filosóficas, no confesiones. Su participación en evaluación académica fue malinterpretada intencionalmente. Y la muerte de su esposa, aunque trágica, fue suicidio. El estado quiere convertir diferencia neurológica en culpabilidad criminal. Eso no es justicia. Es persecución.

Los primeros días del juicio fueron técnicos. Forenses testificaron sobre los micro temblores en la nota de suicidio. Toxicólogos explicaron la combinación de sustancias encontradas en el cuerpo de Valeria. Expertos en seguridad mostraron cómo las cámaras de la casa habían sido desconectadas sistemáticamente.

La defensa contraatacó cada punto. Los micro temblores podían ser explicados por estado emocional alterado. Las sustancias pudieron ser autoadministradas. Las cámaras fallaron por coincidencia técnica.

Todo era circunstancial. Todo podía ser explicado de manera inocente si uno quería creerlo.

Entonces llegó el testimonio de Laura Medina.

Entró a la sala visiblemente nerviosa, mirando a todas partes excepto hacia donde Gonzalo estaba sentado. Cuando finalmente lo miró, palideció.

Salazar la guio cuidadosamente a través de su testimonio. Cómo había salido con Gonzalo tres años atrás. Cómo había notado comportamientos extraños. Cómo él la había amenazado cuando ella mencionó hablar con otras personas sobre él.

—¿Puede repetirnos exactamente qué le dijo? —preguntó Salazar.

Laura respiró profundamente.

—Dijo: "Laura, si haces eso, voy a destruirte. No físicamente. No dejaré marcas. Pero encontraré todo lo que te importa y lo convertiré en cenizas. Y nadie te creerá porque soy muy bueno en parecer normal."

El murmullo recorrió la sala. Gonzalo permaneció completamente inmóvil, sin expresión.

—¿Y qué hizo usted después de esa amenaza? —continuó Salazar.

—Me fui de la ciudad al día siguiente. Cambié mi número. Bloqueé todos sus contactos. Pasé dos años en terapia por ansiedad severa.

—¿Por qué testifica ahora?

Los ojos de Laura se llenaron de lágrimas.

—Porque otra mujer está muerta. Y si yo hubiera hablado antes, tal vez Valeria seguiría viva.

El Maestro Ibarra contrainterrogó agresivamente.

—Señorita Medina, ¿tiene evidencia física de esta supuesta amenaza?

—No, fue conversación privada.

—¿Grabaciones? ¿Mensajes de texto? ¿Testigos?

—No.

—Entonces solo tenemos su palabra contra la del acusado. ¿Es correcto?

—Es mi palabra sobre lo que viví.

—Una palabra dada tres años después, convenientemente cuando mi cliente enfrenta acusaciones. ¿No es posible que esté malinterpretando una conversación de ruptura dolorosa?

—No estoy malinterpretando nada —Laura alzó la voz—. Sé lo que escuché. Sé cómo me hizo sentir. Y sé que ese hombre es peligroso.

Después de Laura, testificaron colegas de Valeria que describieron cómo ella había mencionado estar preocupada por su matrimonio. Cómo había dicho que Gonzalo "nunca estaba realmente presente". Cómo había hablado de sentirse observada más que amada.

La hermana de Valeria, Marcela, testificó entre lágrimas sobre los últimos meses de vida de su hermana.

—Me dijo que algo estaba mal. Que Gonzalo la miraba de manera extraña. Como si estuviera evaluando algo. Le sugerí terapia de pareja. Ella dijo que se lo había propuesto a Gonzalo y que él había respondido: "¿Por qué necesitaríamos ayuda externa para algo que puedo manejar internamente?"

Entonces llegó el turno de Lalita.

Cuando la llamaron al estrado, sintió todas las miradas en la sala. Especialmente la de Gonzalo, que la observaba con algo que parecía anticipación.

Salazar la guio a través de sus credenciales primero. Doctorado en psicología clínica con especialización en psicología forense. Dos años de experiencia evaluando casos criminales. Múltiples publicaciones en journals académicos.

Luego entraron al caso.

—Doctora Thompson, ¿puede describir su evaluación inicial de Gonzalo Iñiguez?

—En mi primera sesión con él, observé ausencia completa de respuestas emocionales apropiadas. Cuando le pregunté cómo se sentía respecto a la muerte de su esposa, respondió que se sentía "desconcertado por la cantidad de atención que estaba generando algo tan ordinario".

—¿Cómo interpretó esa respuesta?

—Como indicador de psicopatía primaria. Incapacidad de experimentar emociones profundas, particularmente empatía y culpa.

—¿Y sus evaluaciones subsecuentes?

—Confirmaron ese diagnóstico. El señor Iñiguez obtuvo puntaje de treinta y ocho de cuarenta en la escala PCL-R, indicando psicopatía severa.

Salazar proyectó en pantalla grande extractos de las libretas de Gonzalo.

—¿Puede explicar al jurado qué son estos documentos?

—Son libretas personales del acusado donde documentaba sus relaciones como "proyectos". Cada mujer con quien salió fue catalogada con iniciales, fotografías, y notas detalladas sobre su comportamiento. Valeria Iñiguez está identificada como "Proyecto V.I."

—¿Y esta entrada específica? —Salazar señaló.

Lalita leyó en voz alta.

—"El proyecto V.I. se acerca a su conclusión natural. Los beneficios obtenidos han sido sustanciales. Sin embargo, V. comienza a hacer preguntas incómodas. El riesgo de exposición aumenta. Tiempo de implementar protocolo de cierre."

—¿Cuándo fue escrita esa entrada?

—Tres meses antes de la muerte de Valeria Iñiguez.

El murmullo en la sala aumentó. El juez golpeó su mazo pidiendo orden.

—Doctora Thompson —continuó Salazar—, usted también estuvo presente durante la evaluación del panel de expertos. ¿Puede describir lo que ocurrió?

—El señor Iñiguez participó en discusión académica sobre cognición criminal. Durante esa discusión, describió en detalle cómo alguien "hipotéticamente" podría planificar y ejecutar asesinato perfecto disfrazado de suicidio.

—¿Qué tan específicos fueron esos detalles?

—Extremadamente específicos. Mencionó cronología exacta, metodología para obtener nota manuscrita bajo coerción, técnicas para establecer coartada, todo coincidiendo perfectamente con la muerte real de Valeria Iñiguez.

Salazar reprodujo segmentos de la grabación. La sala escuchó en silencio mientras Gonzalo describía con precisión clínica cómo administrar sobredosis, cómo manipular tiempo de muerte, cómo asegurar que la escena pareciera auténtica.

Cuando la grabación terminó, el silencio era absoluto.

—Doctora Thompson —Salazar se volvió hacia ella—, en su opinión profesional, ¿estaba el acusado hablando hipotéticamente o describiendo experiencia personal?

El Maestro Ibarra se puso de pie.

—¡Objeción! Pide especulación.

—Reformularé —dijo Salazar—. Basándose en su experiencia profesional evaluando criminales, ¿ha escuchado antes descripciones tan específicas de metodología criminal presentadas como "hipotéticas"?

—Sí.

—¿Y en esos casos, cuál fue la realidad?

—En todos los casos, la persona estaba describiendo sus propios crímenes mientras mantenía velo de denegación plausible.

—¿Por qué lo hacen?

—Porque necesitan que alguien reconozca lo que lograron. El ego narcisista no puede resistir la tentación de ser apreciado, incluso si eso significa autoincriminación.

Salazar asintió y se sentó.

El Maestro Ibarra se levantó para contrainterrogar.

—Doctora Thompson, usted diagnosticó a mi cliente con psicopatía.

—Correcto.

—¿Y ese diagnóstico significa automáticamente que es culpable de asesinato?

—No. Significa que tiene perfil psicológico consistente con capacidad de cometer asesinato sin remordimiento.

—Pero millones de personas tienen rasgos psicopáticos y nunca cometen crímenes violentos, ¿correcto?

—Correcto.

—Entonces el diagnóstico por sí solo no prueba nada.

—El diagnóstico combinado con evidencia documental, testimonio de patrón de comportamiento, y confesión velada durante evaluación académica, crean cuadro completo.

—"Confesión velada" —repitió el Maestro Ibarra—. Esas son sus palabras, no las de mi cliente. Él nunca dijo "maté a mi esposa", ¿verdad?

—No usó esas palabras exactas.

—De hecho, prefijó cada declaración con "hipotéticamente", ¿correcto?

—Sí, pero...

—Sí o no, doctora.

—Sí.

—Entonces es posible que un hombre inteligente, interesado en criminología, simplemente estuviera participando en discusión académica sobre cómo funcionaría la mente criminal.

—Es posible pero improbable dada la especificidad de detalles que coinciden exactamente con crimen real.

—¿Improbable o imposible?

—Improbable.

—Así que admite que hay duda.

Lalita miró directamente al abogado defensor.

—En ciencia, siempre hay espacio técnico para duda. Pero en la realidad práctica, cuando alguien describe crimen con precisión forense, usando

lenguaje idéntico al de sus documentos privados, y proporcionando detalles que solo el perpetrador conocería, la conclusión es clara.

—¿Para usted tal vez. Pero, ¿para un jurado que debe decidir más allá de duda razonable?

Lalita no respondió. No necesitaba hacerlo.

El resto del juicio fue batalla técnica entre fiscales y defensa. Expertos contra expertos. Interpretaciones contra interpretaciones.

Pero Lalita sabía que el caso realmente se decidió en ese momento. Cuando el jurado escuchó la grabación de Gonzalo describiendo asesinato como "arquitectura criminal". Cuando vieron las libretas con "protocolo de cierre". Cuando escucharon a Laura Medina describir la amenaza.

Todo junto creaba imagen que ninguna argumentación legal podía desmantelar completamente.

Tres semanas después, el jurado se retiró a deliberar.

Dos días más tarde, regresaron con veredicto.

Lalita estaba en la sala cuando lo leyeron.

—En el cargo de asesinato en primer grado, encontramos al acusado Gonzalo Iñiguez: culpable.

Marcela Iñiguez rompió en llanto. El Fiscal Salazar cerró los ojos con alivio. La Detective Montes apretó el puño en victoria silenciosa.

Y Gonzalo...

Gonzalo sonrió.

No sonrisa falsa o amarga.

Sonrisa genuina de satisfacción.

Porque había logrado lo que quería.

Había sido visto. Entendido. Reconocido.

Y cuando lo llevaron esposado, pasó junto a Lalita y susurró solo dos palabras.

—Gracias, doctora.

Lalita observó cómo lo sacaban de la sala.

Habían ganado.

Justicia había sido servida.

Valeria podía descansar.

Pero mientras observaba la puerta cerrarse detrás de Gonzalo, Lalita entendió algo que la perseguiría por años.

Él no había perdido.

Había conseguido exactamente lo que buscaba desde el principio.

Un legado.

Una audiencia.

Y un lugar permanente en la mente de alguien que lo había entendido completamente.

El teatro había cerrado su telón.

Pero el eco de la actuación permanecería para siempre.

CAPÍTULO 10

Un espejo quebrado

La sentencia había sido dictada dos semanas atrás: cuarenta años de prisión sin posibilidad de libertad condicional. Gonzalo Iñiguez había sido trasladado a una prisión de máxima seguridad donde pasaría el resto de su vida productiva.

Pero había solicitado una última sesión con Lalita antes del traslado permanente.

El Fiscal Salazar había dicho que no era necesario. El caso estaba cerrado, la sentencia dictada. No había razón profesional para acceder.

Lalita había accedido de todas formas.

No por obligación profesional. Sino porque necesitaba cerrar algo que había quedado abierto. Una última pieza del rompecabezas que faltaba por encajar.

La sala de entrevistas era la misma de siempre. Mesa metálica, dos sillas, espejo unidireccional. Pero esta vez se sentía diferente. Terminal. Como el último acto de una obra que había durado demasiado.

Cuando Gonzalo entró, ya no vestía el traje elegante del juicio. Llevaba el uniforme naranja estándar de prisión. Pero su postura seguía siendo la misma: erguida, controlada, sin rastro de derrota.

Se sentó y la estudió con esa mirada que Lalita había llegado a conocer tan bien. Evaluativa. Curiosa. Casi afectuosa.

—Doctora Thompson. No esperaba volver a verla.

—Yo tampoco esperaba venir.

—¿Entonces por qué está aquí?

Lalita colocó su grabadora sobre la mesa, pero no la encendió todavía.

—Hay algo que necesito confirmar.

—¿Necesita confesión formal? Ya me declararon culpable. El jurado escuchó toda la evidencia.

—No es para el caso legal. Es para mí.

Gonzalo se reclinó, intrigado.

—Ah. Curiosidad personal. Eso es más interesante. Adelante, pregunte.

Lalita presionó el botón de grabación.

—El panel de expertos quedó muy impresionado con su descripción del caso hipotético.

—Me complace haber contribuido a la investigación académica —respondió con ironía apenas velada.

—Especialmente por su descripción de cómo el individuo hipotético cronometró exactamente cuánto tardarían las pastillas en hacer efecto. Cómo administró las sustancias temprano en la tarde, aseguró que Valeria no pudiera pedir ayuda, y luego regresó a su oficina para establecer coartada que aparentemente cubriría el tiempo de muerte. Fue detalle brillante.

—Gracias —Gonzalo sonrió ligeramente, aceptando el cumplido.

—Había mucha lógica en esa planificación. Entender exactamente cuánto tiempo tomaría para que la combinación de benzodiacepinas y alcohol causaran pérdida de conciencia versus muerte real. Calcular cuándo administrarlas para que el forense estimara tiempo de muerte dentro de ventana donde usted estaría documentado en otro lugar.

—Es lo que cualquier persona inteligente consideraría —dijo Gonzalo—. Timing es todo en cualquier proyecto complejo.

—Exacto. Y usted describió ese timing con precisión extraordinaria —Lalita hizo una pausa—. Solo hay un problema.

La expresión de Gonzalo cambió sutilmente. Un destello de alerta.

—¿Qué problema?

—Nunca revelamos públicamente cuánto tiempo exacto pasó entre que Valeria ingirió las pastillas y su muerte. Esa información nunca fue compartida con los medios. No estaba en documentos públicos del caso. Está clasificada como detalle interno de la investigación.

El silencio que siguió fue absoluto.

Gonzalo la miraba sin parpadear. Lalita podía ver su mente trabajando, recalculando, buscando salida.

—Solo tres personas conocían ese timing exacto —continuó Lalita—. El forense que hizo la autopsia. El fiscal que tuvo acceso completo al reporte médico. Y el asesino que administró las sustancias y cronometró todo meticulosamente.

—Pudo haber sido inferencia lógica —dijo Gonzalo, pero su voz había perdido la confianza usual.

—¿Inferencia lógica que coincide exactamente, minuto por minuto, con los cálculos del forense? —Lalita negó con la cabeza—. No. Eso no es inferencia. Es conocimiento directo.

Gonzalo se quedó inmóvil por lo que pareció una eternidad. Lalita podía ver el momento preciso en que entendió. La trampa final. La que no había visto venir porque estaba demasiado absorto en impresionar a la audiencia de expertos.

Y entonces, increíblemente, comenzó a aplaudir.

Lentamente. Rítmicamente. Con genuina apreciación.

—Excelente —dijo—. Realmente excelente. Usted es más inteligente de lo que pensé.

—¿Eso es confesión?

Gonzalo dejó de aplaudir y se inclinó hacia adelante.

—Eso es reconocimiento entre profesionales. Jugó el juego mejor que yo. Lo cual es raro. Y admirable.

—Necesito que lo diga directamente, Gonzalo. Para la grabación.

Él miró la grabadora. Luego miró a Lalita. Y sonrió con algo que parecía alivio genuino.

—Yo maté a Valeria. Por supuesto que lo hice. Fue mi obra maestra. Tres meses de planificación meticulosa. Cada detalle calculado. Cada contingencia considerada. Desde cómo obtener las pastillas sin rastro, hasta cómo hacer que ella escribiera la nota bajo amenaza creíble pero sin testigos, hasta cómo cronometrar exactamente la administración para poder estar documentado en mi oficina cuando el forense eventualmente estimara tiempo de muerte.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque el proyecto había concluido —respondió simplemente—. Llevábamos ocho años casados. Yo había extraído todo lo útil de la relación: estatus social, apariencia de normalidad, acceso a círculos específicos. Ella comenzaba a sospechar que algo estaba mal. Estaba haciendo preguntas. Mencionó consultar terapeuta. El riesgo de exposición se volvió inaceptable.

—Entonces la mató.

—Implementé protocolo de cierre —corrigió—. Como cerrar cualquier proyecto que ha alcanzado el fin de su vida útil. Fue decisión lógica, ejecutada eficientemente.

Lalita sintió náuseas pero mantuvo la voz firme.

—¿Y Sandra Vega?

Gonzalo pausó, evaluando. Luego se encogió de hombros.

—También. Ese proyecto terminó mal. Ella amenazó con hablar sobre mí con nuestro círculo social. Sabotear los frenos de su auto fue solución más limpia. Menos complicada que sobredosis. Y funcionó perfectamente hasta que usted comenzó a investigar.

—¿Cuántas más, Gonzalo? ¿Cuántas otras mujeres?

—Solo esas dos —respondió—. Contrario a lo que probablemente piensa, no disfruto matar. No soy depredador serial. Simplemente resuelvo problemas de la manera más eficiente cuando surge la necesidad. La

mayoría de mis relaciones terminaron sin complicaciones. Solo aquellas que se volvieron riesgosas requirieron... medidas permanentes.

Lalita lo observó. Después de meses estudiándolo, analizándolo, persiguiéndolo, finalmente tenía la verdad completa. Sin velos. Sin ambigüedades.

—¿Por qué me lo está diciendo ahora? —preguntó—. Ya fue sentenciado. Esta confesión no cambia nada legalmente.

—Porque necesitaba que alguien lo supiera —Gonzalo la miró directamente a los ojos—. No la versión pública. No la narrativa del juicio. Sino la verdad real. Durante años, construí algo extraordinario. Un crimen genuinamente perfecto. Y nadie podía apreciarlo. Nadie podía ver la arquitectura bajo la superficie. El diseño. La ejecución impecable.

—Hasta que yo lo descubrí.

—Hasta que usted lo entendió —corrigió—. Hay diferencia. Muchas personas podrían eventualmente descubrir evidencia. Pero usted... usted entendió cómo funcionaba mi mente. Cómo pensaba. Cómo planificaba. Y usó ese entendimiento para atraparme.

—¿Y eso lo satisface?

—Más de lo que imagina —sonrió—. Pasaré cuarenta años en prisión. Pero lo haré sabiendo que al menos una persona en el mundo entendió completamente lo que logré. Que alguien vio la obra maestra y la apreció, aunque fuera para destruirme con ella.

—Yo no aprecio lo que hizo. Lo detesto.

—Esas cosas no son mutuamente excluyentes —respondió—. Puede detestar el acto y aun así apreciar la complejidad intelectual detrás de él. Como detestar la guerra pero apreciar la estrategia militar. Como detestar a un dictador pero admirar su habilidad política.

—No lo admiro.

—Pero me entiende. Y eso es suficiente.

Lalita se puso de pie.

—Tiene razón en una cosa. Lo entiendo. Entiendo exactamente cómo piensa. Cómo racionaliza. Cómo se convence de que su inteligencia lo excusa de toda moralidad. Y sabe qué es lo más triste de todo esto, Gonzalo?

—¿Qué?

—Que desperdicio ese intelecto. Podría haber diseñado edificios que inspiraran a millones. Podría haber contribuido algo hermoso al mundo. En lugar de eso, usó su mente brillante para matar a dos mujeres inocentes y destruir incontables vidas. Eso no es obra maestra. Es tragedia.

Gonzalo la miró durante largo momento. Por primera vez, vio algo cercano a emoción real cruzar su rostro. No arrepentimiento. Pero tal vez... reflexión.

—Tal vez tenga razón —dijo finalmente—. Pero no puedo cambiar lo que soy. Solo puedo ser honesto sobre ello.

—La honestidad no lo redime.

—No busco redención. Solo reconocimiento. Y ya lo obtuve.

Un guardia tocó la puerta. Era hora de terminar.

—Adiós, Gonzalo —dijo Lalita.

—Adiós, doctora Thompson —respondió—. Gracias por el juego. Fue estimulante.

—Esto no fue juego.

—Todo es juego. Y usted ganó esta ronda —hizo una pausa—. Pero sabe que seguiré viviendo en su mente, ¿verdad? Cada vez que evalúe a otro criminal, se preguntará si es otro como yo. Cada vez que dude de alguien, recordará cómo yo la engañé inicialmente. He dejado marca permanente en cómo ve el mundo.

Lalita no respondió porque sabía que tenía razón.

Salió de la sala sin mirar atrás.

En el pasillo, la Detective Montes la esperaba.

—¿Lo conseguiste? ¿La confesión final?

—Sí. Todo grabado.

—¿Entonces por qué no pareces feliz?

Lalita se apoyó contra la pared y cerró los ojos.

—Porque él ganó algo que quería más que la libertad. Ganó ser entendido. Ganó vivir en la mente de alguien para siempre. Y esa persona soy yo.

—Lo venciste, Lalita. Lograste justicia para Valeria y Sandra.

—Lo sé —abrió los ojos—. Pero a qué costo. Porque para destruir un monstruo, tuve que pensar como él. Tuve que entrar en su mente, aprender su lógica, anticipar sus movimientos. Y ahora no estoy segura de poder olvidar cómo.

Salieron de la prisión en silencio. Afuera, el sol brillaba. La vida continuaba normal. Personas caminaban por la calle, ajenas al drama que acababa de terminar adentro.

Pero Lalita sabía que para ella, nada sería completamente normal de nuevo.

Había mirado directamente al abismo. Y el abismo había dejado su reflejo en ella.

Esa noche, en su consultorio, Lalita escribió su observación final en el expediente del caso.

Observación #357: El espejo está roto. Y cuando miras fijamente al abismo, el abismo también te mira. Gonzalo Iñiguez está en prisión por los próximos cuarenta años. Justicia fue servida. Valeria y Sandra pueden descansar. Pero su reflejo vive en mí. En cómo ahora veo el mundo con un poco más de cinismo. En cómo evalúo a las personas buscando las máscaras que podrían estar usando. En cómo entiendo, aunque no acepte, que hay seres humanos que simplemente carecen de algo fundamental que nos hace humanos.

He ganado el caso. Pero he perdido algo de mi inocencia. Y no sé si algún día podré recuperarla completamente.

Gonzalo tenía razón sobre una cosa: somos espejos. Nos reflejamos mutuamente. Y ahora, cada vez que miro mi propio reflejo, veo una sombra de él mirando hacia atrás.

Pero elijo seguir adelante. Elijo usar lo que aprendí para proteger a otros. Elijo que el conocimiento del mal me haga más vigilante, no más cínica. Elijo ser mejor de lo que él era, precisamente porque entiendo cuán fácil sería no serlo.

El espejo está roto. Pero los fragmentos todavía reflejan luz.

Y eso tendrá que ser suficiente.

Cerró el expediente.

Afuera, la ciudad continuaba su vida nocturna.

Y en algún lugar, en una celda de prisión, Gonzalo Iñiguez probablemente dormía sin pesadillas.

Mientras Lalita, por primera vez en meses, finalmente podía cerrar los ojos sabiendo que había hecho lo correcto.

Aunque el precio hubiera sido más alto de lo que nunca imaginó.

El caso estaba cerrado.

Pero sus ecos vivirían para siempre.

En los archivos oficiales.

En la memoria de quienes amaron a Valeria.

Y en la mente de la psicóloga forense que tuvo que convertirse temporalmente en monstruo para atrapar a uno.

Ese era el precio de la verdad.

Y Lalita lo había pagado completo.

EPÍLOGO

Lo que permanece

Tres meses después, el aire en la ciudad parecía más denso. El juicio terminó sin sobresaltos: Gonzalo fue declarado culpable y condenado a cuarenta años de prisión. Marcela estuvo presente en la audiencia; cuando escuchó la sentencia, se volvió hacia Lalita con los ojos llenos de lágrimas, como si quisiera compartir una victoria que no sabía celebrar. Pero Lalita no fue. Permaneció en silencio en su departamento, sentada frente a la ventana, mientras la noticia llegaba en un mensaje escueto: *Lo logramos.*

Desde entonces, los días se han sucedido con una calma impostada. Va a terapia dos veces por semana. La sala donde se sienta a hablar es blanca, casi vacía, con una ventana alta por donde entra la luz sin calidez. A veces, la terapeuta la observa con esa atención que no juzga pero pesa. "Hiciste tu trabajo", le dice. "Lo detuviste. Pero necesitas entender que entraste en contacto con la maldad pura. Y eso deja marca."

Lalita asiente, sin saber si comprende del todo. Hablar de Gonzalo es como abrir una puerta a un pasillo interminable donde el eco de su voz sigue repitiendo las mismas frases, ahora vacías de amenaza, pero cargadas de un poder que no se disipa. Todavía sueña con su mirada fija, con el modo en que sonreía antes de decir algo que sabía que iba a desarmarla. Hay noches en que despierta convencida de que él sigue libre, caminando entre la gente, con esa calma que solo tienen los que nunca se arrepienten.

Una mañana de lluvia llega una carta al buzón del consultorio. No tiene remitente, pero la caligrafía es inconfundible: firme, inclinada, como escrita con un compás. La abre sin pensarlo, aun sabiendo que debería haberla devuelto sin leer.

Gracias por el juego, escribe Gonzalo. *Fue estimulante. La mayoría de las personas son predecibles. Usted no. Espero que algún día podamos conversar nuevamente, sin presiones legales. Tengo tanto que enseñarle sobre la naturaleza humana.*

Las manos de Lalita tiemblan, pero no de miedo, sino de reconocimiento. Lo conoce demasiado bien. Sabe que cada palabra está elegida para quedarse, para enraizarse en su mente como una semilla venenosa. Quema la carta en el fregadero, mirando cómo las letras se retuercen hasta volverse ceniza. Pero mientras la llama consume el papel, memoriza cada frase. No puede evitarlo.

Esa noche, al escribir en su libreta, anota:

Observación final #357: *El espejo está roto. Y cuando miras fijamente al abismo, el abismo también te mira.*

Cierra el cuaderno, pero la frase sigue latiendo en su cabeza. Piensa en las sesiones, en las horas de preguntas, en los juegos de palabras con que Gonzalo la empujaba a dudar de todo. Lo había estudiado,

diseccionado, comprendido, pero no estaba preparada para descubrir que el conocimiento también contamina.

En el juicio, Gonzalo se mantuvo sereno. Cuando el juez leyó la condena, sonrió apenas, como si todo hubiera sido parte de un experimento que le confirmaba su hipótesis sobre la debilidad humana. Nadie vio la pequeña inclinación de cabeza que hizo al girarse hacia las cámaras, pero Lalita la recuerda, aunque no haya estado allí. En su mente, ese gesto existe, y eso basta.

En terapia, la psicóloga le pregunta: "¿Cree que él ganó?".

Lalita tarda en responder. "No lo sé. Tal vez sí. O tal vez la victoria no sea lo que él piensa."

Su terapeuta asiente, toma nota, y dice algo sobre el poder de la proyección. Pero Lalita ya no escucha. Mira el reflejo de la ventana, el resplandor opaco del vidrio que devuelve una versión deformada de su rostro. Por un instante, cree ver en ese reflejo la sombra de él, sonriendo.

Ha empezado a caminar al trabajo en lugar de conducir. Necesita el movimiento, el ruido de la ciudad para no pensar demasiado. A veces se detiene frente a los escaparates y se observa de reojo, buscando en su mirada alguna huella de lo que vio en Gonzalo. Sabe que no hay monstruos evidentes: el mal no tiene rostro, se disfraza de inteligencia, de encanto, de normalidad.

En su libreta, las observaciones se vuelven más breves, casi aforismos.

El mal no necesita un motivo. Solo una oportunidad.

No hay vacuna contra la curiosidad.

Entender a un depredador no te salva de él.

Un día cualquiera, mientras revisa expedientes, siente un impulso que la desconcierta: quiere escribirle. No para responderle, sino para comprenderlo. El deseo la asusta. Sabe que eso sería abrir una puerta que apenas logró cerrar. Pero el pensamiento persiste, como una melodía lejana que no se borra.

Por las noches, el sueño regresa siempre con la misma escena: ella frente a un espejo, pero el reflejo no la imita. Son dos figuras distintas. Una observa, la otra sonríe. Y cuando intenta tocar el vidrio, la otra levanta la mano primero.

Despierta con la sensación de haber perdido algo que no sabe nombrar. Se levanta, enciende la luz, y repite para sí misma, como un conjuro: *Gonzalo está en prisión. No puede alcanzarme.* Pero algo en su mente replica, en voz baja: *No necesita alcanzarte. Ya está en ti.*

Esa idea la persigue, incluso en los momentos más anodinos: cuando compra café, cuando escucha a sus pacientes, cuando camina por los pasillos del hospital. Cada rostro, cada palabra, cada gesto parece

ocultar una pequeña dosis de falsedad. Empieza a preguntarse si la mentira no es el estado natural de las personas, y si la verdad no es solo una ilusión estadística, un accidente biológico.

Un atardecer, decide visitar el parque donde todo comenzó. Se sienta en la misma banca, observa a los niños jugar, a las parejas discutir en voz baja, a los ancianos que leen periódicos. Piensa que el mundo sigue igual, indiferente, como si nada hubiera pasado. La maldad no deja huellas en el paisaje. Solo en quienes la han visto de cerca.

Saca su libreta y escribe una última anotación:

Observación final #358: La mente humana es un laboratorio. Y hay experimentos que, una vez iniciados, nunca terminan.

Cierra el cuaderno y se queda mirando el horizonte. No hay música, ni catarsis, ni alivio. Solo el rumor de la ciudad y el viento que mueve las hojas de los árboles.

Sabe que Gonzalo está encerrado. Pero también sabe que el confinamiento no es un lugar: es un estado de la mente. Y en algún rincón oscuro de la suya, él sigue hablándole. No con palabras, sino con la certeza de haberle mostrado algo que no se olvida: que la verdad puede ser tan destructiva como la mentira.

Antes de levantarse, mira su reflejo en la pantalla apagada del teléfono. Por un instante, no está segura de quién la observa desde el otro lado.